

BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

XXI

22562

CUENTOS DE CALLEJA

AVENTURAS DEL FEISIMO LENTEJILLA

ILUSTRACIONES DE
N. MÉNDEZ BRINGA



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS



AVENTURAS DEL FEÍSIMO LENTEJILLA.

I.

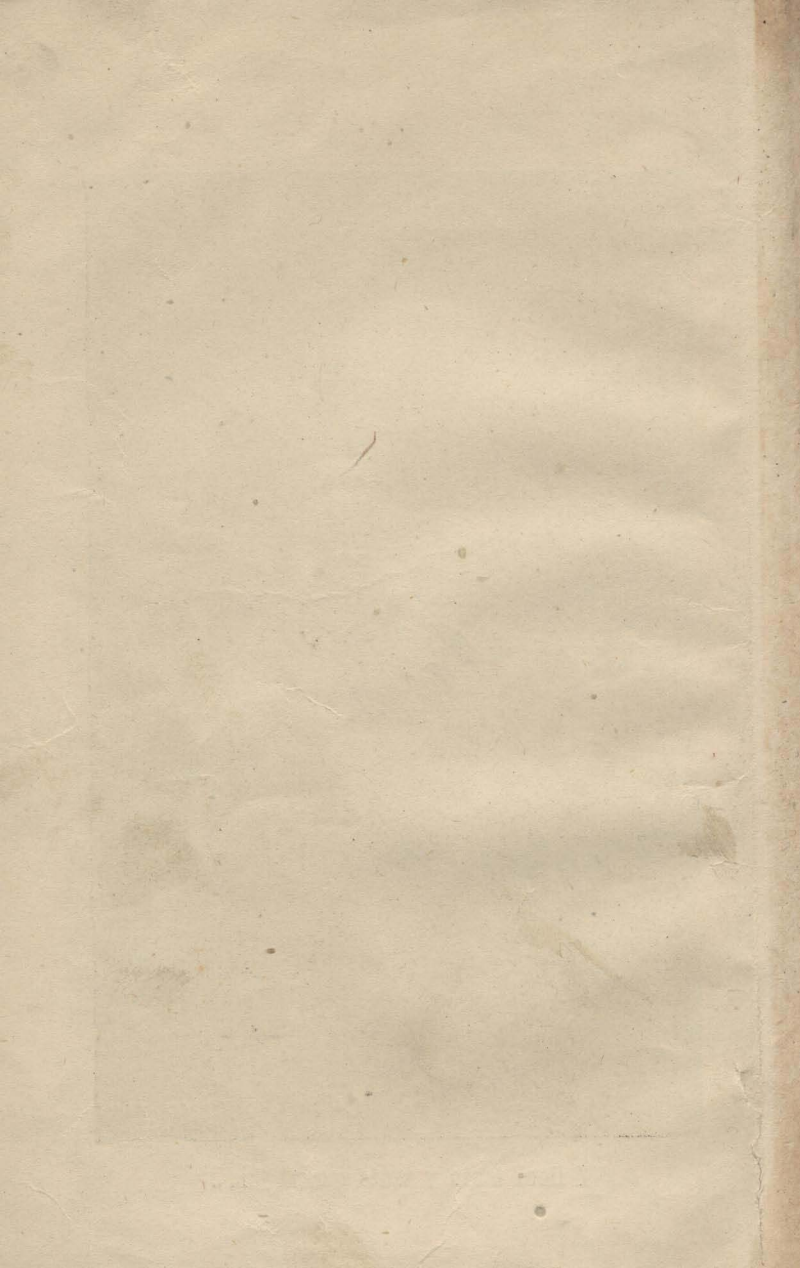
En cierto día de un verano abrasador caminaba una pobre aldeana por la polvorienta carretera que conducía á Villabonita. Llevaba la buena mujer un enorme cesto lleno de leña, y como pesaba mucho, y además el calor era sofocante, veíase en la precisión de detenerse con frecuencia para tomar aliento.

—¡Qué vida tan desgraciada la mía!—dijo al fin la infeliz, recostándose contra el tronco de un árbol.—Mi marido y yo somos los aldeanos más pobres de Villabonita, y aunque trabajamos sin darnos punto de reposo, es raro el día en que

podemos comer lo necesario para sostener nuestras fuerzas. El hambre, la sed, la fatiga, las inclemencias del tiempo, todo se une para aniquilarnos á fuerza de sufrir. Hace tiempo habíamos logrado ahorrar, tras de algunos años de privaciones, unas monedas de plata que escondimos en el rincón más oculto de nuestra vieja cómoda, y los ladrones nos las han robado; un rayo ha destruído nuestra cabaña; el granizo ha echado á perder nuestra mísera cosecha, y para colmo de desgracia, no hemos tenido más que un hijo, y éste es un pobre monstruo, raquítico y deforme, que sirve de diversión y mofa á las gentes de Villabonita. En la última fiesta de San Juan, el pobre Lentejilla (que así le llaman todos), tenía ya tres años bien cumplidos y aún no se podía tener sobre sus piernecillas, tan delgadas como las de una araña, y en vez de hablar como los niños de su edad, maya como los gatos. Como si esto no bastase, tiene un genio endemoniado, cuando le riño me araña y me muerde, y su apetito es tan insaciable que devora una ración tan grande como la de un niño de diez ó doce años, sin que por esto saque provecho de su glotonería, pues cada día está más canijo. ¿Qué será de nosotros cuando Lentejilla se haga mayor y haya que darle una ración doble que ahora? ¡Oh, Dios mío! ¡Qué calamidad tan grande es vivir así! ¡Mejor mil



Y lloró tanto y tanto que al fin....



veces sería la muerte! Y dichas estas palabras, la pobre mujer cayó arrodillada al pie del árbol, y lloró tanto y tanto, que al fin la venció la fatiga y se apoderó de ella un sueño letárgico, quedando profundamente dormida.

El deforme niño, cuya voracidad inspiraba tantas angustias á su madre, era verdaderamente horroroso. Su cabeza era enorme, y en cambio el pecho estaba deprimido y ofrecía una marcada joroba á que correspondía otra mayor en la espalda. Sus piernas muy largas y delgadas, semejaban raíces, y los brazos, también muy flacos, parecían caer sin fuerza á lo largo de su cuerpo, que era pequeño y raquítico. En cuanto á su fisonomía, no cabe imaginar nada más feo; unos ojuelos diminutos á que daban sombra enormes y enmarañadas cejas; una formidable nariz, semejante al pico de una cigüeña, y un bosque de cabellos rojizos, imposibles de domar con el peine, le hacían en su conjunto comparable al fantástico vegetal, conocido bajo el nombre de *mandrágora*.

Estaba en lo más profundo de su sueño la madre de este espantajo, cuando acertó á pasar por allí una hermosísima señora, vestida con mucho lujo y que llevaba en la mano un bastoncito de oro con puño de diamante. Al ver á la pobre aldeana dormida y al niño que se arrastraba sobre la yerba buscando piedrecitas con qué jugar, se sintió llena

de lástima, colocóse en el césped y tomando un deforme niño lo sentó sobre sus rodillas y se puso á acariciarlo con ternura. En vez de agradecer estas caricias aquel feísimo engendro, se puso á gruñir, y quiso morder á la linda joven; pero ésta atusó los rebeldes cabellos del muchacho con una paciencia sin igual y logró calmar su mal humor y que se quedara tan profundamente dormido, como lo estaba su madre. Entonces le puso al lado de ésta, y sacando de su pecho un frasquito que contenía una esencia roja como el rubí y de una exquisita fragancia, derramó algunas gotas sobre la frente de la madre y del niño, hizo algunos signos sobre éste, pronunciando en voz baja palabras misteriosas, y se alejó de allí.

Poco después se despertó la aldeana completamente repuesta de sus fatigas y sintiendo circular por sus venas un dulce calor, como si hubiese tomado una gran copa de vino generoso. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre y ágil.

—¡Dios mío!—exclamó—¡qué bien me ha sentado ese rato de sueño! Pero el sol se va á poner pronto; ya es tiempo de que vuelva al lado de mi marido.

Diciendo esto, volvió á cargarse á cuestras el canasto de leña; cogió á Lentejilla, que jugaba arrastrándose por el suelo, y volvieron á tomar el camino de su mísero albergue. Al pasar por la



Tomó en brazos al muchacho y entró en su casa.

granja de un rico labrador que ningún día se dignaba saludarla, oyó con sorpresa que la llamaba afectuosamente.

—Buenas tardes, señora Juana—la dijo:—¿Qué tal sigue usted? Descanse usted un ratillo, porque ese cesto debe pesar mucho, y tome estas lonchas de jamón con pan y este vaso de cerveza.

La buena mujer se sorprendió mucho al verse tratada tan cordialmente; pero no se hizo de rogar y aceptó agradecida los obsequios que la prodigaba el labrador, por lo general tan orgulloso y altanero con los pobres. Mientras comía tomó el labrador en sus brazos al feísimo Lentejilla y se puso á acariciarlo con la mayor complacencia.

—¡Ah, señora Juana!—dijo—¡qué niño tan precioso tiene usted! La presencia de este angelito basta á hacer llevaderas todas las miserias y escaseces del mundo.

Mientras hablaba así el rico hacendado, Lentejilla gruñía sordamente y trataba de morderle en la nariz. La señora Juana, creyendo que se burlaban de ella, dijo:

—¡Cómo, señor! ¿Es qué habla usted en serio, ó se burla usted de una pobre mujer que no sabe que pecado ha cometido para que el cielo la aflija con una criatura tan horrenda?

—Señora Juana, ¿está usted loca?—interrumpió el labrador.—Es blasfemar contra la provi-

dencia el negarse de ese modo á reconocer sus beneficios, y se necesita ser muy ingrata y muy desprovista de buen sentido para no admirar y amar á este angelical muchacho.

Y el labrador prodigó nuevas caricias á Lentejilla, que se esforzó, como antes, en morderle la punta de la nariz, aunque no pudo conseguirlo. La señora Juana, irritada por esta insolencia, quería castigar al muchacho; pero un niño lindísimo que tenía el labrador dijo entonces:—«Tu eres tan bueno, papá, que todos los niños querrían pasar su vida contigo.

—¿No oye usted, señora Juana—dijo el labrador—que cosas tan graciosas dice su niño?—Confíele á mis cuidados; yo haré de él un hombre de provecho, pues adivino en su inteligente fisonomía las más felices disposiciones para el estudio. Ustedes son muy pobres y difícilmente podrían darle la educación que necesita, con lo que la sociedad perdería uno de sus más bellos ornamentos. En fin, es cosa resuelta; yo me encargo del porvenir de este niño.

Juana abría desmesuradamente los ojos y dudaba quién de los dos estaría loco, si ella ó el labrador, que decía cosas tan extrañas.

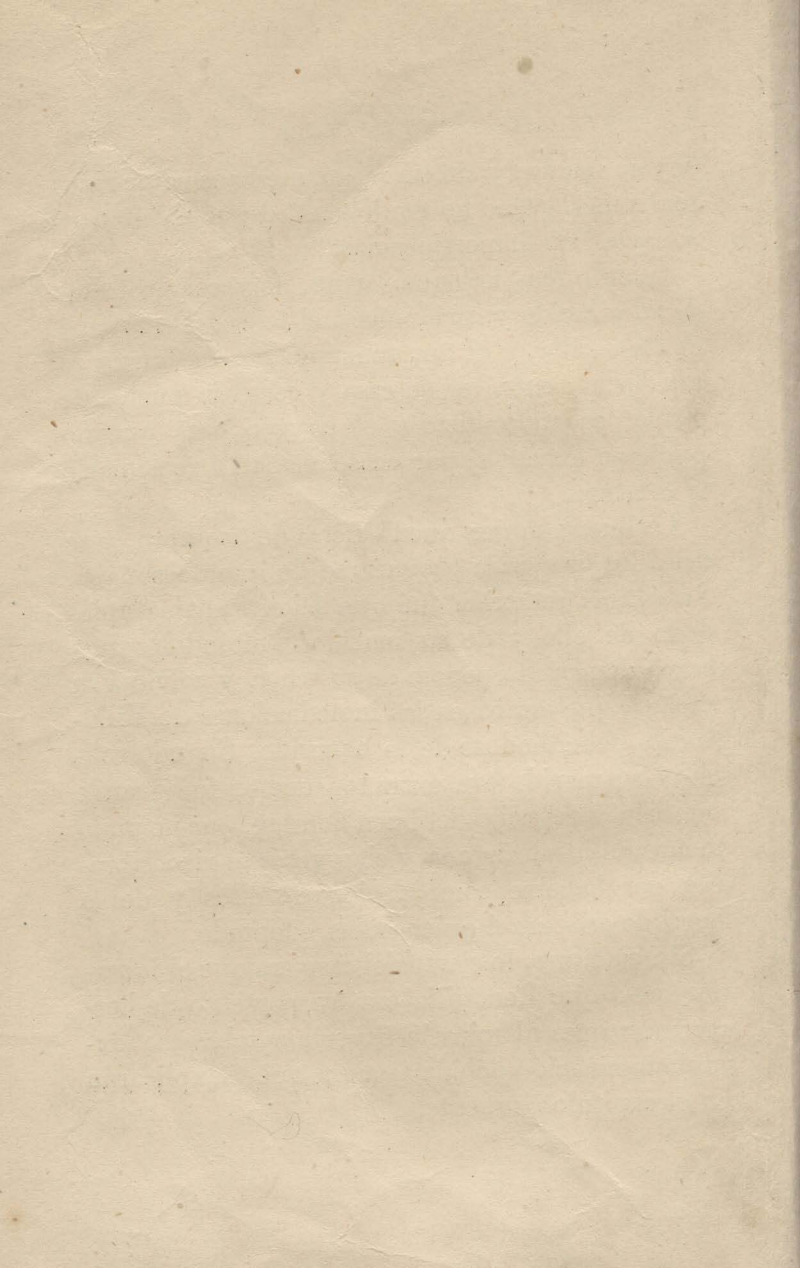
—¿Será posible—dijo al fin—que usted consienta en tomar á su cargo el cuidado y la educación de este monstruo? Yo le quiero, pues al fin

soy su madre, y sin embargo, me hace pasar ratos malísimos. ¿Qué no tendría usted que sufrir para soportar sus impertinencias?

Cuanto más hablaba Juana, mayores protestas de admiración y cariño hacía el labrador respecto de Lentejilla, y al fin, tomando en sus brazos al muchacho, entró en su casa y cerró la puerta de golpe, echando además el cerrojo para que no pudiesen entrar, si por acaso venían á reclamarle la criatura.

La buena mujer quedó llena de asombro, y se frotó los ojos para asegurarse de que no soñaba. Su última reflexión fué que Dios se había apiadado de ella y de su marido, quitándoles una carga demasiado penosa de sostener, y volvió á su cabaña, que estaba en las inmediaciones de Villabonita, felicitándose de lo ocurrido. Cuando refirió á su marido tan extraño suceso, fué grande también el regocijo del buen hombre, que no pudo menos de bendecir una y cien veces al rico labrador por haberse compadecido de ellos y de la horrible criatura á quien había adoptado.

Sin embargo, lo cierto del caso era que el labrador creía que Lentejilla era un portento de hermosura; pues al mirarle experimentaba una extraña fascinación, debida á causas que se explicarán en el capítulo siguiente.





II.

La hermosa señora que había acariciado y dormido al feísimo Lentejilla no era otra cosa que una hada ó hechicera que vivía en un suntuoso palacio á alguna distancia de Villabonita. Contábanse de ella cosas verdaderamente extraordinarias, tales como que la bastaba sembrar en tierra una astilla de madera vieja de cualquier especie y hacer ciertos conjuros para que brotase en pocos momentos un soberbio rosal de cien hojas. Se decía también que en sus largos paseos solitarios se la había oído hablar con seres invisibles, cuyas voces salían de la corriente de los arroyos ó de lo profundo de las cavernas. Un cazador afirmaba haberla visto un día rodeada de hermosas aves

que se posaban sobre sus hombros y sus manos, y acercaban los piquitos á sus oídos como si tuviesen que comunicarle algún secreto.

Estos rumores, á que se añadían otros no menos sorprendentes, hicieron que las gentes de la comarca mirasen con desconfianza á la Condesa Rosalvina, que tal fué el nombre con que se dió á conocer en el país. Hasta tal punto llegaron las hablillas, que el pueblo llegó á amotinarse contra la linda hechicera, y ésta lo habría pasado muy mal si no se hubiese refugiado á tiempo en Villabonita, sitio real, en que pasaba el Monarca tres ó cuatro meses cada año. Rosalvina se presentó al Rey; le contó el atropello de que había estado á punto de ser víctima, y para que su relación hiciera más efecto, le regaló una corona, un cetro y una espada, tan cuajadas de rica pedrería, que el Soberano declaró no haber visto nunca alhajas de tanto valor. Envió, pues, inmediatamente una orden al alcalde, para que castigase con la mayor severidad á los que se atreviesen á faltar en lo más mínimo al respeto á la Condesa Rosalvina, añadiendo que era absurdo creer en la existencia de hechicerías ni encantos. La orden produjo su efecto, y como Rosalvina interpuso su influencia para que no se castigase á nadie por los sucesos pasados, empezó á mirársela con simpatía y respeto, y se habló de su virtud y de la ejemplaridad

de su conducta, que, en efecto, nada dejaba que desear, porque Rosalvina era una hada benéfica, que no hacía daño á nadie, á menos que la trataran mal, y aun así y todo se mostraba poco vengativa.

Los antecedentes de la estancia de Rosalvina en aquella comarca, merecen ser conocidos.

Villabonita era el centro de un país tan risueño y agradable como lo pueda soñar la fantasía; altas montañas, bosques embalsamados, valles floridos, fuentes cristalinas, prados fértiles, verjeles en que abundaban los frutos más deliciosos y las flores más bellas, y por todas partes, al lado de espléndidos palacios, lindas casitas blancas, para los labradores; nada faltaba allí. Para colmo de felicidad, el país estaba administrado por el virtuoso rey Demetrio, que tenía el arte de gobernar sin hacer sentir demasiado á los súbditos el yugo del poder; de manera que bajo su dirección todo el mundo vivía contento y se sentía tan á gusto como el pez en el agua. Por esta razón muchas hadas, atraídas por los encantos de aquella afortunada tierra, acudieron á fijarse allí con el fin de trabajar por la felicidad de los habitantes de tan privilegiado territorio. Estas hadas habrían deseado que se perpetuasen los felices días de Demetrio; pero, desgraciadamente, murió este buen Monarca, y le sucedió en el trono su hijo el príncipe Simplicio.

Bien á la inversa de su padre, el nuevo Rey era hombre de mala conducta, y como había empleado su juventud en diversiones frívolas, desdeñando el estudio, sentía poco afecto hacia los hombres de ciencia, y le gustaban en cambio los truhanes y galopines, con los que podía hablar á su satisfacción. Así, lo primero que hizo fué desterrar de su corte á los sabios y poner mala cara á las personas distinguidas, que se fueron alejando poco á poco de él, y á las que sustituyó con aduladores de la peor especie, que lisonjeaban como virtudes los peores instintos de Simplicio, y con bribones redomados, cuya conversación le divertía mucho. Dió el cargo de primer ministro á su ayuda de cámara Felipe, que era un tunante de marca mayor, sin distinción alguna, pero como vulgarmente se dice, más listo que Cardona.

—Señor—le dijo Felipe al recibir la investidura de primer ministro;—va á abrirse para este pequeño reino una nueva era de prosperidad y de gloria. Desde el día en que habéis empuñado las riendas del gobierno, empieza aquí el reinado de la civilización y de las luces.

Simplicio, envanecido ante estos elogios, hizo levantarse á Felipe, que se había arrodillado, y le abrazó cariñosamente.

—Veremos—le dijo—si gracias á mi talento y á tu buena disposición, logramos convertir en pocos

años este limitado reino en un imperio tan vasto como próspero y poderoso.

Enseguida quiso que se fijasen grandes carteles en las calles y plazas de todos los pueblos de su Estado, anunciando á sus súbditos que la introducción de las luces y de la civilización databan de su advenimiento al trono. Felipe le hizo notar que no convenía llevar las cosas tan aprisa, pues el efecto de semejante anuncio sería poco favorable, si no se presentaba previamente un plan de gobierno y administración.

—Veamos, pues, cuál es tu programa;—dijo Simplicio, cerrando cuidadosamente las puertas, para que no les oyera nadie y no fuera sorprendido tan importante secreto.

—Señor, yo creo—repuso Felipe—que antes de introducir en este país las luces; esto es, antes de talar los bosques inútiles para entregar al cultivo el terreno que ocupan; antes de abrir canales y carreteras, fomentar la plantación de trigo y patatas, crear escuelas, establecer la vacuna y otras pequeñeces de este género, nos conviene lanzar fuera del país á todas las personas que se permiten tener opiniones propias y que siempre tienen algo que decir sobre todos los actos del gobierno, sean buenos ó malos. Entre esas personas figuran las hadas, que tienen un poder mágico, peligroso á la autoridad real, pues merced á sus malas artes po-

dían convertirnos, si quisieran, en pájaros ó en lagartos; de modo que hay que desembarazarse cuanto antes de tan peligrosos huéspedes.

—¿Qué es lo que dices, Felipe?—interrumpió Simplicio muy alarmado.—¿Será posible que en mis dominios existan hechiceras de tan peligrosa especie?

—Las hay, señor, y ellas eran las que servían de consejeras al padre de V. M. Mientras tengamos en el reino á tales gentes, la renta de aduanas valdrá poco, porque nada es tan fácil como burlar la vigilancia de los carabineros á seres que vuelan por los aires, y que pueden de este modo introducir todo el matute que quieran. Debemos, pues, ponerlas cuanto antes al otro lado de la frontera, no sin tomar la precaución de apoderarnos previamente de sus tesoros, que no nos vendrán del todo mal.

—Pero ¿y si mi pueblo, acostumbrado como está á recibir los beneficios de esas hadas, se subleva en su favor?

—Para evitar este incidente, siempre desagradable—dijo Felipe—iremos arrojando del reino á las hadas y á los hombres que se llaman de talento, poco á poco y con mucha amabilidad, porque en las cuestiones de Estado la buena forma es el todo. En cuanto á los objetos de la pertenencia de esas señoras, como los cisnes encantados, los caballos con alas, las joyas y demás accesorios, los destinaremos



La encontró el rey.

al real palacio, en el que servirán de ornamento.

Á Simplicio le pareció admirable este plan, y desde el día siguiente lo puso en ejecución, dando al efecto á sus agentes las órdenes más severas. Todas las hadas huyeron del país, á excepción de Rosalvina, que tuvo tiempo de ocultar sus rosales mágicos, sus caballos de fuego y sus tesoros. Sin embargo, el frondoso bosque en que vivía fué arrasado por los agentes de Felipe, y ya pensaba Rosalvina en marcharse con sus compañeras, cuando una tarde la encontró el rey Simplicio, que iba de caza, y encantado por su belleza la rogó que se quedara en sus Estados, y la concedió el título de Condesa y un hermoso palacio en los alrededores de Villabonita. Aceptó la hada las ofertas del Rey, y consintió en quedarse, pero en su interior abrigaba el propósito de no dejar sin castigo la mala pasada que á ella y á sus compañeras habían hecho el Rey y su primer ministro, obligando á éstas á abandonar el país, y á ella á ocultar bajo tierra su antiguo palacio, que valía mucho más que el regalado por el Rey, sus caballos voladores, sus jardines mágicos y sus riquísimas alhajas. Más adelante veremos el extraño medio á que recurrió la Condesa Rosalvina para tomar venganza de sus perseguidores, si bien esa venganza fué más burlesca que terrible, pues ya hemos dicho que no la gustaba hacer daño á nadie.



III.

Han transcurrido veinte años desde los acontecimientos relatados en los capítulos anteriores. Simplicio continuaba dirigiendo los destinos del pequeño reino de Tierra Alegre, que no había llegado aun á ser imperio, ni cosa parecida, y su primer ministro, Felipe, seguía aconsejándole simplezas y ayudándole á malgastar los tesoros del país. Claro está que Felipe había adquirido un aspecto grave y majestuoso, y hubiera sido difícil reconocer en el m^llerno Duque de Camándulas, caballero de una porción de cintitas, cruces y demás quincalla honorífica, y dotado de un vientre tan grueso como respetable, al antiguo lacayo y

ayuda de cámara del Príncipe; pero el dinero y el buen trato hacen estos prodigios y otros muchos.

En este espacio de tiempo, y con el fin de difundir la cultura por el reino de Tierra Alegre, había fundado Felipe en Villabonita una gran Universidad; pero fiel á sus tradiciones y á las de su Rey, se guardó muy bien de encomendar las cátedras á sabios, creyendo que esta vulgaridad se le hubiera ocurrido á cualquiera, y que era más original nombrar profesores de las diversas enseñanzas á hombres que no supiesen una palabra del asunto. Así, pues, hizo rector de la Universidad á D. Cándido del Topo, un buen señor que en su vida había servido para cosa de provecho; dió las cátedras de Medicina á comerciantes; las de Derecho á botánicos; las de Filosofía á maestros albañiles; las de Ciencias á músicos, y las de Farmacia á bailarines. Don Cándido del Topo, á más de ser rector, explicaba física y ciencias naturales, y bien pronto, á fuerza de amor propio y de deseos de brillar en primera línea, logró alcanzar fama y reunir un gran número de discípulos que escuchaban con avidez sus lecciones. Les explicaba con gran lucidez que cuando hace buen tiempo no llueve ni truena; que el sol alumbra por el día y la luna por la noche; que cuando cae agua se moja el suelo, y otra porción de cosas por el estilo. Había resumido su ciencia en un librito

de pocas hojas, pero que se vendía muy caro y que hacía comprar á todos sus discípulos, variando algo todos los años y aumentando cada vez un poquito más el precio para que no sirviesen los ejemplares del año anterior. Su reputación era inmensa, y se había acrecentado mucho en los últimos tiempos por la claridad con que demostró que las tinieblas provenían especialmente de la falta de luz. Este rasgo de genio y las experiencias de física recreativa y de juegos de manos que hacía algunas veces en los más aristocráticos salones, le habían dado gran celebridad, y además mucho dinero, porque las personas de fama, dígame lo que se quiera, suelen tener el bolsillo bien provisto.

Transportémonos ahora con el pensamiento á la casa del célebre doctor del Topo, á la hora en que salían de allí varios alumnos á quienes daba lecciones particulares á muy alto precio.

Entre esos alumnos llamaba desde luego la atención un joven de veinticuatro años, esbelto y airoso, de ojos negros y vivos y fisonomía muy agradable en que se revelaba un talento claro que no habían bastado á apagar las explicaciones de su profesor. El traje de aquel joven era al par elegante y sencillo, y llevaba en la cabeza un gorrito de terciopelo, bajo el cual se escapaban sus hermosos cabellos castaños, peinados graciosa-

mente á modo de melenas. Este joven se llamaba Baltasar; era hijo de una opulenta y honrada familia de comerciantes y uno de los alumnos más serios y aplicados de la Universidad de Villabonita. Al salir de casa del doctor, en vez de ir, según la costumbre de los estudiantes, á la sala de esgrima ó á la cervecería, salió de la población y se encaminó hacia un encantador bosquecillo que había en las inmediaciones. Marchaba pensativo y abstraído, cuando le salió al encuentro su inseparable amigo Rafael, también joven y de fisonomía simpática, que tenía fama de ser el estudiante más alegre de Villabonita, así como Baltasar era el más soñador y aplicado.

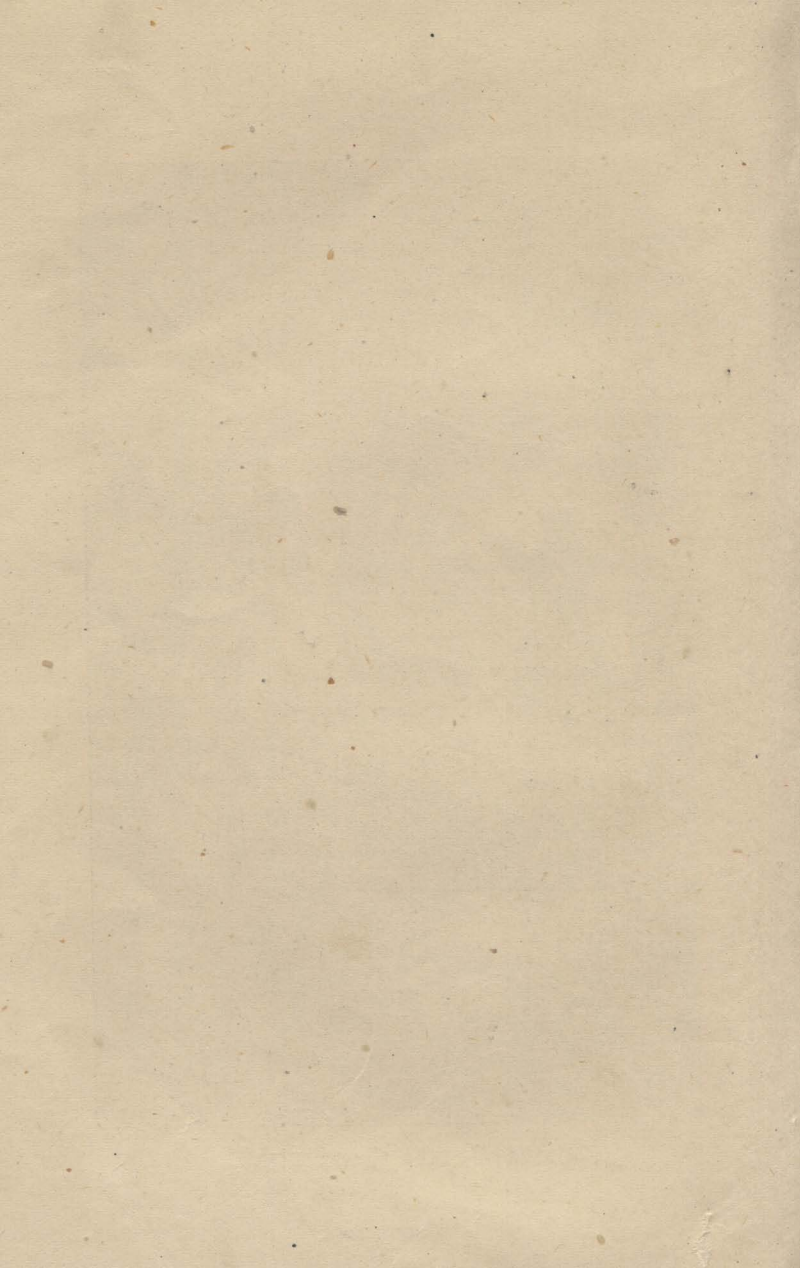
—¿Qué haces por ahí tan sombrío y cabizbajo? —preguntó Rafael.—¿No se te ha de quitar nunca la manía de ir solo y triste pensando en las musarañas? Vamos, vente conmigo á la sala de esgrima y haremos algún ejercicio mientras nos damos unos cuantos botonazos.

—No, amigo Rafael—contestó Baltasar;—no puedo resolverme á matar el tiempo en esas reuniones tumultuosas adonde te empeñas en conducirme. Mi espíritu está en otra parte; yo tengo necesidad de calma y aislamiento: déjame.

—No lo esperes—dijo Rafael;—no te he de dejar abandonado á tus tristes pensamientos. No iremos á la sala de armas, pero permíteme ensayar el



Cuando le salió al encuentro.....



modo de distraerte. Y tomando el brazo de Baltasar se internó con él en el lindo bosquecillo, hablándole de una porción de cosas, pero sin poder arrancar de su boca una sola palabra. Baltasar estaba visiblemente preocupado y parecía buscar alguna cosa que no encontraba. Cuando llegaron al centro del bosquecillo, sentóse Baltasar sobre un rústico banquillo de piedra, rodeado de musgo y de florecillas silvestres, y atrayendo hacia él á su amigo, le dijo:

—¿No es verdad que se siente uno muy bien aquí y que la soledad encierra felicidades misteriosas que embriagan el alma? ¿Comprendes ahora, mi querido Rafael, por qué prefiero el aislamiento de este bosque á la tumultuosa compañía de los estudiantes?

—Á fe mía—dijo Rafael—yo amo también el recogimiento y la meditación; pero hay tiempo para todo, y para estudiar la naturaleza me basta y sobra con las lecciones que nos da el bueno de D. Cándido del Topo.

—¡Calla! ¡Calla!—repuso Baltasar:—¿es lícito acaso hablar de la sagrada naturaleza con el irritante tono prosáico de ese señor? Cuando le oigo discurrir á su modo sobre los misterios que nos rodean, me siento presa de un extraño disgusto ante semejante profanación; sus experimentos físicos me parecen un insulto al poder divino, y sus

sistemas hieren mis sentimientos como si oyese blasfemar delante mí. Tal es el secreto de mis tristezas y de las ideas meláncolicas que tú me reprochas sin cesar. Únicamente aquí, rodeado de la verdadera naturaleza, entro en posesión de mí mismo y olvido las miserias mundanas abismándome en la contemplación de las obras de Dios. Aquí me parece que hablo con todo lo que me rodea, y cada objeto toma su lenguaje especial para responderme.

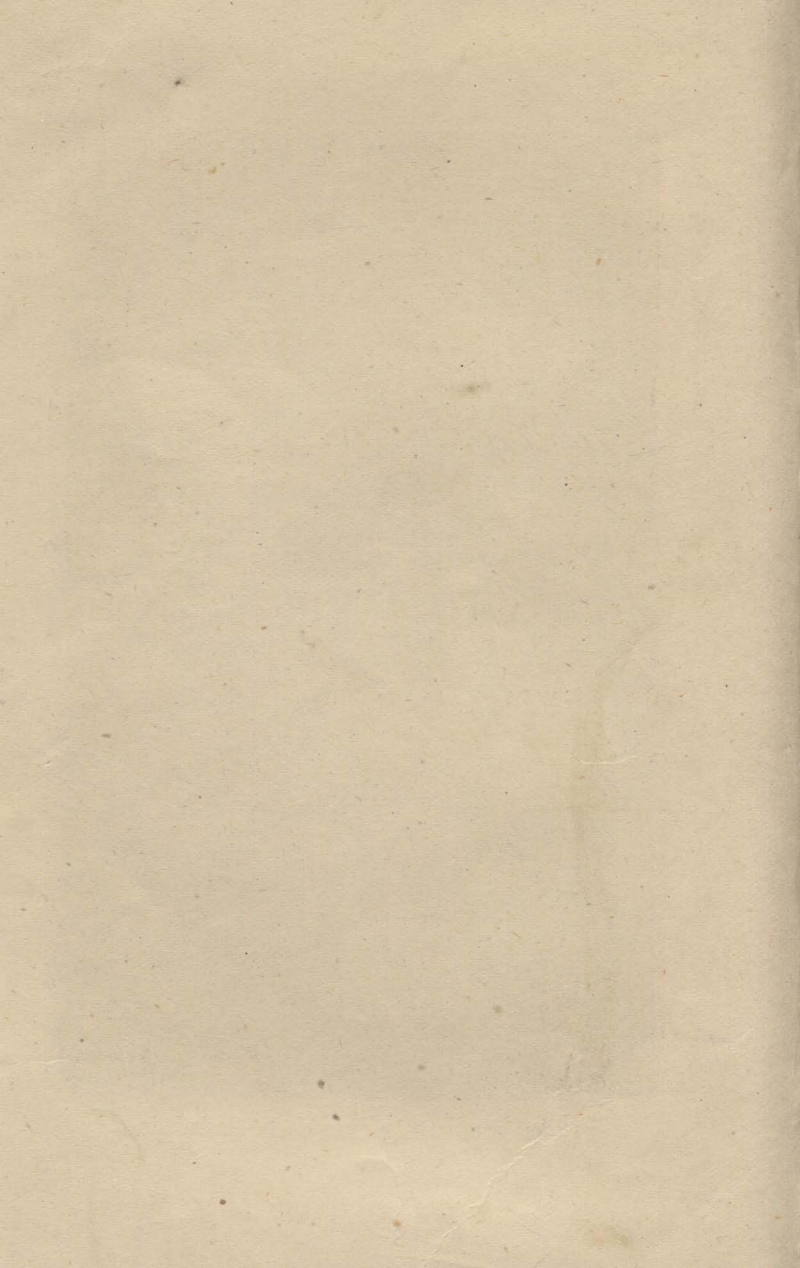
—¡Bravo, mi bello héroe de las tristezas sublimes!—dijo Rafael.—Pero si es cierto que las relaciones del doctor Topo te fastidian tanto, ¿cómo se explica que no satisfecho con oírle desatinar á su antojo en la Universidad, te hayas inscrito en la lista de los alumnos que van á su casa y no faltas á una siquiera de sus lecciones?

—¿Cómo explicarte esa contradicción?—repuso Baltasar.—Sólo puedo decirte que, á pesar de todo, me atrae á casa de esse hombre un poder irresistible que yo no puedo sacudir y que me mata.....

—¡Bueno! Ya estás otra vez en pleno romanticismo—dijo Rafael, soltando una ruidosa carcajada.—Pero yo, que soy menos nebuloso que tú, adivino que la fatalidad, para fascinarte, ha tomado los lindos ojos de Kosita, la hija de D. Cándido, que por cierto es tan bella que nada tiene



La maldita cabalgadura se ha desbocado....



de extraño que haya vuelto el juicio á un joven tan sensible como tú. El amor es una debilidad muy respetable; pero, sin embargo, créeme.....

En el momento en que Rafael pronunciaba estas palabras, llamó la atención de los dos amigos el desenfrenado galope de un caballo que marchaba por un sendero del bosque. Ese caballo, sin jinete, levantaba en su carrera una espesa nube de polvo.

—¡Vaya!—dijo Rafael—la maldita cabalgadura se ha desbocado y ha dejado á su caballero en el camino.

Y se puso á correr delante del caballo para tratar de detenerlo. Cuando lo tuvo cerca, pudieron ver los dos amigos dos enormes botas de montar que colgaban á los lados del caballo; además una cosa negra, pero sumamente baja y aplastada, parecía agitarse sobre la silla. En el momento en que el caballo pasaba cerca de los dos jóvenes, hizo una cabriola tan violenta que las botas fueron lanzadas sobre la cabeza de Rafael, y habiéndose éste apartado para cortar el golpe, vió rodar entre sus piernas la cosilla negra y deforme que antes se agitaba sobre la silla. El caballo se detuvo á poca distancia, como si esperase que montara sobre él de nuevo el pequeño objeto de que acababa de desembarazarse.

Aquello era una enorme cabeza humana con

una nariz larguísima, ojos pequeños, vivos y ribeteados de rojo, cabellera también rojiza y enmarañada en desorden, y un cuerpecillo muy estrecho y jorobado, del que partían dos largos y delgados brazos semejantes á patas de araña, y dos desmesuradas y flaquillas piernas; algo así como una manzana plantada sobre una horquilla.

Rafael, en presencia de semejante espantajo, se puso á reir con la mejor gana del mundo; pero el hombrecillo, habiéndose levantado del suelo y recogido su sombrero que había caído á alguna distancia, le dirigió una mirada llena de malignidad, y con voz de falsete, ronca y desagradable, le preguntó si estaba en el camino de Villabonita.

—Sí, señor—dijo Baltasar, presentando al enano sus dos enormes botas, que habían caído al suelo, y ayudándole á ponérselas.

El pequeño monstruo se dejó servir sin dar las gracias, y se acercó al caballo para tomar las riendas y colocarse de nuevo en la silla; pero no podía hacerlo por sí solo y fué preciso que el complaciente Baltasar le ayudase, levantándole en sus brazos para colocarle sobre su cabalgadura. Como el hombrecillo había tomado mucho impulso y su cabeza pesaba tanto, iba á salir esta vez por las orejas de la bestia, y al verlo Rafael soltó de nuevo una ruidosa carcajada. Entonces el hombrecillo que, agarrándose á las crines del caballo,

había logrado sostenerse, se volvió hacia él y le dijo:

—Señor mío, si no es usted tan cobarde como insolente, se batirá usted conmigo mañana por la mañana en Villabonita. Yo soy, para que usted lo sepa, estudiante de la Universidad, mientras usted no es más que un tontuelo á quien escarmentaré bien pronto.

—¡Jesús, qué miedo!—dijo burlescamente Rafael, mientras la cabalgadura se alejaba llevando echado sobre la silla á su extraño jinete.

—A fe mía—dijo Baltasar—es una falta de consideración burlarse así de un pobre diablo, porque la naturaleza ha sido ingrata con él, y si mañana ese enanillo te metiese una bala en la cabeza, no tendrías sino lo que te mereces.

—Que Dios me perdone--contestó Rafael;--pero yo seguiría riéndome de ese espantajo hasta en mi lecho de muerte. Pero es indispensable que corra á la villa para ser testigo del debut de ese don Quijote microscópico.....

Y sin esperar la respuesta de su amigo, Rafael desapareció, encaminándose á la población.

Una vez solo Baltasar, volvió á penetrar en el bosque, soñando con los encantos de la bella Rosita del Topo y entristecido al ver que los sentimientos más puros reservados de su alma no eran ya un secreto para nadie, desde el momento en

que los conocía el más aturdido y hablador de sus compañeros de universidad. Pero á poco la exaltación de sus ideas tomó nuevo rumbo, y al fin, completamente abstraído, tomó poco á poco el camino de Villabonita.

Al llegar á la plaza Mayor oyó que le gritaban: «¡Eh! ¡Sr. Baltasar! ¡Sr. Baltasar!» Levantó los ojos y quedó inmóvil sin acertar á proferir una sola palabra.

Era el profesor D. Cándido del Topo en persona, que daba el brazo á su hija Rosita. La joven saludó al estudiante con la más graciosa de sus sonrisas.

—Estoy seguro—dijo el profesor—de que viene usted del bosque, de estudiar sobre el terreno botánica, y de que ha estado usted repasando mi lección de esta tarde. En verdad, Baltasar, es usted uno de mis más aprovechados alumnos y de los que escuchan con más satisfacción mis lecciones, en que á la verdad, siempre se aprende algo bueno y algo nuevo. Esto le hace á usted mucho honor, apreciable discípulo, y como yo sé distinguir á los jóvenes aplicados, le felicito sinceramente, y veré con agrado que estrechemos más los lazos de nuestra amistad. A propósito, mañana por la noche doy una reunión en mi casa; Rosita nos hará el té, y si usted quiere asistir, hablaremos más despacio. Con que, adiós, amigo Balta-



IV.

Cuando Rafael, separándose de su amigo, salió del bosque, apercibió á lo lejos al enanillo que se había reunido con un arrogante joven que iba, como él, á caballo, y en breve franquearon las barreras de Villabonita.

—¡Diablo! se dijo: ese cascanueces ha ido muy de prisa; pero todavía llegaré á tiempo de verle romperse esas narices de cigüeña á la puerta de la fonda del Pegaso.

Y se puso á andar más rápidamente.

Al entrar en la villa, creía no encontrar en las calles que llevaban á la fonda del Pegaso, residencia habitual de los estudiantes, sino comentarios sobre la ridícula facha del nuevo huésped.



Que daba el brazo á su hija Rosita

No observando nada de esto, detuvo á algunos de sus camaradas para contarles lo que le acababa de ocurrir. Estos le respondieron, con gran sorpresa suya, que dos jóvenes acababan efectivamente de llegar á caballo á la fonda, pero que eran de gallarda presencia, y aunque uno de ellos tenía pequeña estatura, era muy guapo y gracioso y tenía la más hermosa cabellera que pudiera imaginarse; además de lo cual, era un gran jinete, y manejaba su caballo con mucho desembarazo y habilidad.

Rafael estaba atónito, preguntándose si no sería la víctima de algún hechizo, cuando Baltasar apareció ante su vista.

—Aquí sucede algo extraño—dijo aquél—todos los estudiantes de Villabonita deben haber perdido el sentido. ¡Tomar por un caballero gentil á esa rana innoble que hemos visto tú y yo rodar sobre la arena!

—Lo que eso prueba,—respondió Baltasar,—es que los estudiantes, por burlones que sean, guardan más consideraciones que tú á un pobre ser á quien la naturaleza ha tratado duramente, pero que no es culpable de la deformidad de sus órganos.

—No se trata de eso—observó Rafael—dejando esas razones de conmiseración aparte: ¿podrías explicarme como un monigote de tres pies de al-

tura puede aparecer como un Adonis á los ojos de toda una población de estudiantes?

Baltasar vino con su amigo en que, en efecto, la cosa era bien extraña; pero otros estudiantes que habían oído esta conversación, afirmaron resueltamente que el joven de que se trataba era algo bajo de estatura, pero un perfecto tipo de gentileza. Las reiteradas protestas de Rafael y Baltasar les hicieron suponer que habían bebido algo más de lo justo.

Hacia la caída de la tarde, cuando ambos amigos habían concluido de comer en la fonda, Baltasar confió á Rafael la invitación que había recibido del doctor Topo para que asistiese al siguiente día á su reunión.

—¡Y con ello te crearás un hombre feliz!—exclamó Rafael. — ¡Cualquiera diría que es la primera vez que vas á una reunión distinguida!

—No es la primera vez—contestó Baltasar un tanto amostazado;—pero sí es la primera vez que voy á casa del Sr. del Topo, que ya sabes que no prodiga sus invitaciones. Además amo cristianamente á Rosa, y me incomoda que tomes á chacota mi afecto. Se trata de una joven, de tan bellas prendas, que estoy seguro ha de realizar el tipo de la *Perfecta Casada* de Fray Luis de León.

—Pues ya que te encrespas de ese modo, lo que

prueba que estás más loco de lo que yo creía, pierde cuidado, no volveré á hablarte de Rosa; pero has de permitirme que te manifieste la pena que siento al verte dominado por esa pasión insensata. Esa muchacha es realmente encantadora, no te lo niego; pero su carácter loco no conviene á un hombre grave y sombrío como tú. Cuando la conozcas más á fondo, me darás la razón. Por lo demás, yo he recibido para mañana una invitación semejante á la tuya: nos veremos, pues, en casa del profesor, y si de algo puedo servirte, dispón con entera libertad de mí.

Dichas estas palabras, se separaron ambos amigos, después de estrecharse cordialmente la mano.

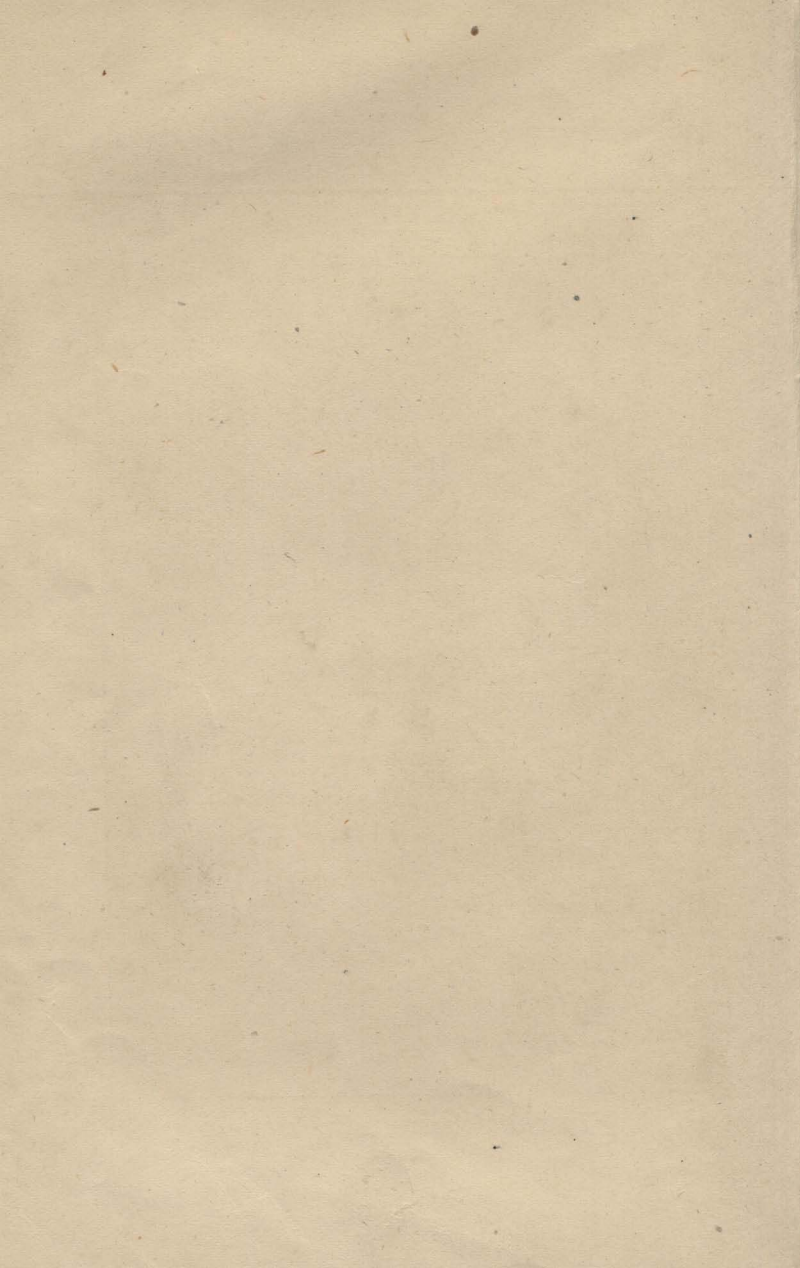
Ambos amigos tenían razón. Rosita era muy bella y de excelentes sentimientos, pero adolecía de cierta ligereza de carácter.

Baltasar pasó toda la noche que precedió al té del doctor, componiendo versos en honor de Rosa. Cuando llegó el instante de ir á la reunión, á fuerza de querer ponerse elegante, se atavió con bastante extravagancia. Sin embargo, su amigo, que le apreciaba mucho, no se atrevió á hacerle burla.

Al entrar en la reunión, el corazón de Baltasar palpitaba con violencia. Rosita, que estaba vestida con elegante sencillez, surgió ante él como una aparición angélica, y ofreciéndole una tacita de té, le dijo con voz dulce:



Y ofreciéndole una tacita de té.



—Mi querido señor Baltasar, aquí hay ron, marrasquino, aniseta y bizcochos, escoja usted lo que más le guste.

Baltasar, fijos los ojos en ella, no sabía cómo expresarla su cariño y se olvidaba del ron, el marrasquino, los bizcochos y la aniseta, buscando en vano una frase que expresara cuán feliz se sentía en aquellos momentos.

Pero la joven se dirigió á servir té á otro invitado, y Baltasar, llamado por su amigo, marchó al comedor, en cuya mesa se habían colocado con profusión fiambres y vinos. En el momento en que entraban, vieron aparecer al señor Topo que llevaba de la mano á un extraño jovencillo.

—Permitidme, señoras y señores—dijo el profesor dirigiéndose á toda la concurrencia—que os haga la presentación de este caballero, dotado de las más sobresalientes cualidades y que merece todas vuestras simpatías; es el señor de Microbio, recientemente llegado á esta población para seguir en nuestra célebre Universidad la carrera de jurisprudencia.

Al primer golpe de vista, Baltasar y Rafael reconocieron al mísero engendro que habían encontrado en el bosque.

—Dime—preguntó Rafael á su amigo—¿te parece que provoque á ese renacuajo á un duelo

con aguja de hacer media? Creo que es el arma que conviene á ese pequeño monstruo.

—Pero hombre, ¿no renuncias á perseguir á ese pobre enano? Déjale en paz. Las cualidades brillantes que, según nuestro profesor, le adornan, ¿no le harán merecer gracia á tus ojos? Parece que la naturaleza, si le ha negado cualidades físicas, le ha dado en cambio, altas dotes intelectuales.

Al decir esto, dió Baltasar algunos pasos hacia el Sr. Microbio, y le dijo con afable acento:

—No puede usted figurarse cuánto celebro que la caída que ayer dió del caballo no haya tenido consecuencias desagradables.

Oyendo esto Microbio, en quien nuestros lectores habrán reconocido ya á Lentejilla, el horrendo hijo de la señora Juana, se levantó irguiéndose sobre las puntas de los pies, echó hacia atrás la cabeza, y apoyándose sobre un elegante bastón de marfil con puño de oro que tenía en la mano, dijo con voz ronca y nasal:

—Yo no sé, caballero, qué es lo que quiere usted decirme. ¿Tengo yo facha de caerme de un caballo? Sepa usted, querido, de una vez para siempre, que yo no me caigo nunca; que he hecho recientemente una campaña de las más brillantes como voluntario en una división de coraceros, y que he obtenido una condecoración por

ser el mejor jinete del regimiento. Me dieron el empleo de capitán que he renunciado, porque prefiero dedicarme á la magistratura; pero tengo el nombramiento de coronel de caballería honorario que mostraré á usted cuando guste, y que el señor del Topo ha visto ya.

El profesor hizo un signo de asentimiento. Para reforzar el efecto de sus palabras, el joven Microbio ensayó un salto mortal, pero su bastón se le enredó en las rodillas y cayó hecho un ovillo á los pies de Baltasar. El bondadoso estudiante se bajó para levantarle, pero tuvo la desgracia de oprimirle con alguna fuerza un brazo, y entonces el enano lanzó un maullido tan agudo, que todos los asistentes á la reunión se estremecieron y algunas señoras experimentaron desmayos. Varios contertulios preguntaron á Baltasar por qué se había tomado la libertad de cometer tamaña inconveniencia.

—En verdad—le dijo el profesor—yo tenía á usted Sr. Baltasar, por un joven muy atento; pero ha de permitirme le haga observar que semejante conducta sale fuera de lo tolerable. ¿A qué ha venido eso de imitar el grito de gato furioso?

Para colmo de desgracia la misma señorita Rosa, que acababa de rociar con vinagre el rostro de una de las señoras desmayadas, se dirigió á Baltasar, y le dijo con acento de disgusto:

—¿Cómo puede explicarse, señor Baltasar, que haya usted dado en una reunión tan distinguida un maullido tan atroz?

El pobre estudiante no sabía lo que le pasaba: no sabía cómo disculparse demostrando á los concurrentes á la reunión que el señor de Microbio era el verdadero autor de la inconveniencia que á él se le reprochaba. Se mostraba tan apurado, que el profesor tuvo lástima de él, y le dijo en voz alta:

—Señor Baltasar, no se turbe usted de ese modo. La broma ha sido bastante atrevida y no de muy buen gusto, pero estamos poseídos de indulgencia. La verdad es que ha dado usted el más espantoso maullido que hemos oído en nuestra vida, y como si esto fuera poco, se ha puesto usted á saltar en cuatro pies con la misma agilidad que un gato al borde de un canalón. Á mí me gustan mucho los ejercicios de gimnasia recreativa, pero debe usted reconocer que la ocasión para mostrar semejantes habilidades, ha sido poco oportuna.

—Yo repito una y cien veces, señor profesor, que no he cometido semejante inconveniencia. Lo que ha pasado es que.....

—¡Vamos! Esto ya es demasiado—dijo interrumpiéndole el doctor.—Tiene usted un aplomo de los más grotescos; ¡querer negar lo que hemos visto todos!.....

Por fortuna, Rosita puso fin á este incidente rogando á su padre que no molestase por más tiempo el amor propio del joven.

La conmiseración que mostraba Rosa hacia una falta que Baltasar no había cometido, le causaba á éste más dolor que todas las burlas de los convidados.

Por fin se restableció la tranquilidad. La señora de los desmayos se acercó á la mesa, y para reponerse tomó varias tazas de té muy cargadas de rom, y una prodigiosa cantidad de bizcochos. Por su parte, Baltasar y Rafael trabaron conversación con varios caballeros, mientras el señor de Microbio tomó asiento en un sofá entre dos bellas señoras, á las que dirigió una serie de galanterías, que á Baltasar le sonaban como chirridos de cerradura vieja, pero que á ellas debían gustar extraordinariamente, á juzgar por las sonrisas de agrado con que las escuchaban.

Mientras que la reunión se iba animando y cada cual encontraba con quién trabar conversación, Baltasar creyó que había llegado el momento oportuno de aproximarse á Rosita y recitarla la oda de los amores del ruiseñor y de la rosa que la noche anterior había compuesto expresamente para ella. La hija de la casa, á quien no podía menos de lisonjear tan delicada atención, se apresuró á reclamar silencio del audi-

torio para que se oyese la lectura del poema.

Baltasar sacó el manuscrito de su bolsillo y comenzó con voz trémula la lectura de su composición. Á medida que avanzaba, su espíritu, inflamado por el fuego de su misma poesía, daba á los versos una entonación brillante, y el auditorio, sobre todo las señoras, le interrumpieron frecuentemente con bravos y aplausos merecidos.

Cuando terminó la lectura, todos elogiaron las bellezas literarias de la fábula que se acababa de oír.

—¡Ah! ¡Esto es encantador! ¡Es precioso!—decían todos.—¡Mil gracias os sean dadas, señor de Microbio, por el placer que nos habéis proporcionado!

—¡Señores!—gritó entonces Baltasar—¿están ustedes locos ó lo estoy yo? ¿Qué tiene que ver el señor Microbio en este asunto?

Pero todo lo que hablaba era tiempo perdido. Los caballeros y las señoras, sin hacer el menor caso de él, se estrechaban alrededor de Microbio, que, inflado de vanidad, recibía las felicitaciones generales. Un profesor de retórica, que asistía á la reunión, levantó en brazos al enanillo y lo paseó triunfalmente por la sala, á pesar de sus gruñidos, y reprochándole el exceso de su modestia. El mismo doctor Topo, abandonando la mesita en que jugaba al tresillo con varios compañeros,



La lectura de su composición.

llenó á aquel monigote de tales cumplidos, que más bien parecían adulaciones. Todas las señoras, y la misma Rosita, le dirigieron asimismo enhorabuena entusiásticas.

Entonces Baltasar, casi loco, gritó como todos los demás:

—¡Oh, Microbio! ¡Oh, genio avasallador! ¿Con que quedamos en que tú eres el autor del poema, y acreedor á las felicitaciones de todos, hasta las de la misma Rosita, mientras yo no soy más que un mozuelo ignorante y mal educado?

Después, llevando á su amigo Rafael á la sala inmediata, le dijo, mirándole con cierto extravío;

—Hazme el favor, por lo que más quieras en este mundo, de decirme si yo soy en realidad Baltasar el estudiante, y si tú eres en carne y hueso mi camarada Rafael; si estamos en el infierno ó en casa del doctor Topo; si soñamos ó hemos perdido el juicio. Dame puñadas, pellízcame la nariz, aráñame la cara y trata de disipar el encanto que nos tiene hechizados.

Rafael miró á su amigo con aire de lástima.

—Mi pobre Baltasar—le dijo—los celos te hacen disparatar. ¿No te parece justo que la naturaleza haya otorgado á ese pobre monstruo todos los tesoros de la inteligencia en cambio de las ventajas físicas de que, por un cruel capricho, le ha privado? Hace versos admirables, y no es ex-

traño que Rosita le aplauda con entusiasmo y que toda la reunión esté pendiente de él.

—Pues entonces estoy loco.

—Más loco que una cabra, Baltasar, y, lo que es peor, eres un envidioso de tomo y lomo, defecto que jamás pude sospechar en ti. Desengáñate y reconoce que el ilustre Microbio será más feo que el hambre, pero tiene un entendimiento que no le cabe en la cabeza, y eso que la tiene grande, tan grande, que su sombrero no hay quien lo llene de arena por menos de diez mil reales. Será, te repito, tan feo como quieras; pero el mozo sabe más que Briján, y compone versos tan hermosos como los tuyos.

—De modo que, según tu opinión, los versos que la reunión acaba de aplaudir son del caballero Microbio.

—Sin duda alguna; yo se los he oído recitar con un calor y una elocuencia inimitables.

—Conque inimitables, ¿eh? Pues ahora mismo lo estrangulo.

Sonó en esto una tempestad de aplausos, y Rafael volvió al salón para enterarse de lo que pasaba.

Siguió Baltasar á su amigo dando tropiezos como un hombre beodo, y vieron al profesor don Cándido, que estaba en pie en medio de la concurrencia, y tenía aún en las manos algunos de los

aparatos que acababan de servirle para una de sus más curiosas experiencias de física recreativa; pero estaba muy pálido y parecía medio sofocado de sorpresa y de cólera.

Toda la reunión rodeaba al joven Microbio que, inclinado sobre su bastón de marfil con puño de oro, recibía orgullosamente las felicitaciones de todo el mundo por sus pretendidos experimentos de ciencia recreativa.

—¡Esto es prodigioso!—se oía por todas partes. ¡Es admirable este señor Microbio! Tiene aptitudes universales, y con pocos hijos como él, Tierra Alegre sería bien pronto la primera nación del mundo!

El mismo D. Cándido, aunque se mordía los labios de despecho, juzgó prudente unir sus felicitaciones á las de los demás, y volviéndose á Baltasar, le dijo:

—Y bien, amigo mío, ¿qué piensa usted de mi discípulo predilecto, de este señor Microbio cuya gloria debe reflejarse sobre mí? Este gallardo mancebo ha sido educado misteriosamente por un rico labrador de las cercanías que me le ha recomendado mucho, y que paga con esplendidez sus gastos. Hace un momento he reunido en la mesa del tresillo á varios profesores, y hemos convenido por unanimidad en que á un joven tan guapo, tan buen jinete y tan buen poeta, no hay más

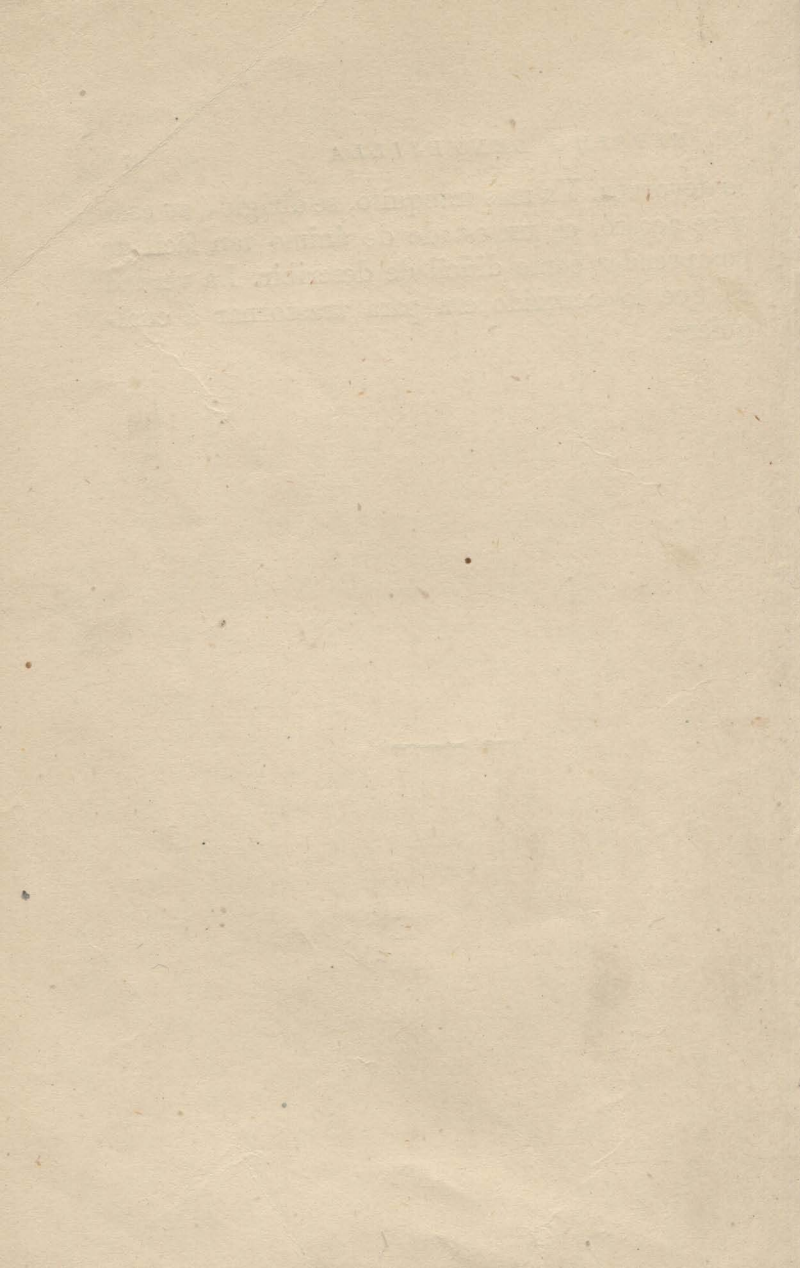
remedio que darle cuanto antes, y dispensándole de exámenes y explicaciones, el título de licenciado en Derecho, libre de gastos. ¡No faltaba más! Este discípulo tiene que darme algún día mucha celebridad y mucha honra.

Mientras hablaban de este modo, un criado vino á anunciar que la mesa estaba servida. El señor Microbio, á quien únicamente Rafael y Baltasar veían bajo su verdadera facha, bien repulsiva por cierto, se lanzó dando grotescos saltitos al lado de Rosa, que le miraba con involuntaria ternura, y á la que dió el brazo para conducirla al comedor.

El infortunado Baltasar no tuvo fuerza para resistir por más tiempo este espectáculo. Dejó con la palabra en la boca á su profesor, que seguía elogiándole las excepcionales habilidades del monstruo; salió á la calle sin despedirse de nadie, ni aun de su amigo Rafael, y dejándose en la percha el gabán y el sombrero, se puso á caminar á la ventura, sintiendo que su cabeza ardía como si tuviese, en vez de cerebro, un hornillo encendido dentro del cráneo.

Al fin llegó al bosque, y se dejó caer sobre un banco. En aquel momento brillaron algunos relámpagos y descargó un violento aguacero que Baltasar recibió estoicamente, sin moverse, y que le puso hecho una sopa, pero calmó el fuego que

le devoraba. Ya más tranquilo, se dirigió á su casa y se acostó, en un estado de ánimo tan fácil de comprender como difícil de describir. La verdad es que lo ocurrido era para trastornar á cualquiera.





V

Al siguiente día, muy temprano, salió Baltasar de su alojamiento y volvió á emprender su acostumbrado paseo hacia el bosque. Amanecía, y aún no había vuelto su compañero Rafael; prueba de que continuaba la velada en casa del profesor.

Lo poco que Baltasar había dormido bastó á serenarle, aunque no á disipar su tristeza. Era indudable para él, que el enano estaba protegido por alguna influencia misteriosa, pero le sostenía la esperanza de llegar á vencerla algún día y reconquistar el cariño de Rosa, que á la sazón parecía preferir á aquel extraño aborto de la naturaleza.

Marchaba por un ancho paseo adornado con grandes árboles, cuando vió una berlina de viaje,

desde la cual le hacía señales de despedida un joven, agitando un pañuelo blanco. Acercóse Baltasar, y reconoció á Alberto Cipriani, violinista notabilísimo, de quien había recibido lecciones durante más de dos años.

Bajó el artista del carruaje, que se detuvo á corta distancia, y abrazó con la mayor efusión á Baltasar.

—Y bien, Sr. Cipriani—le dijo éste—¿cómo es que abandona usted á Villabonita, donde tanto se le quiere y tanta consideración se tributa á su mérito?

—¿Por ventura, no sabe usted lo ocurrido ayer?—preguntó el artista.—¿No asistió usted al concierto que dí por la tarde?

—No, y lo sentí muy de veras.

—Entonces voy á referir á usted lo que pasó, y de fijo aprobará la resolución extrema que he tomado. Yo ejecutaba una composición difícilísima, y estaba poniendo mis cinco sentidos para ejecutarla á conciencia. Logré triunfar de las dificultades de la ejecución, y yo mismo hube de entusiasmarme; pero ¿querrá usted creer que en el momento en que, colocando mi violín bajo el brazo, me iba á inclinar ante el público para recibir sus felicitaciones, todos los asistentes se levantaron en masa para aplaudir en todas las demostraciones de una admiración frenética á ese maldito señor

Microbio, al que desde hace pocos días encuentro en todos los salones? Y ¡si usted hubiese visto á ese repugnante enano haciendo los más innobles gestos para darse aires de modestia desdeñosa! Si le hubiera usted oído decir con su voz de gata enamorada: *¡Ah, señoras y caballeros, lo que ustedes acaban de oír no vale la pena, es una pequeñez; sé hacerlo mil veces mejor, y creo haber merecido por mayores pruebas la reputación que tengo de ser el mejor violinista del mundo!* Cada vez se le aplaudía más, mientras yo estaba trastornado por la cólera, y ya me disponía á estrangular á aquel miserable, cuando los concurrentes, furiosos al ver la mala partida que yo preparaba á su ídolo, se echaron contra mí, y maltratándome y dándome empujones me arrojaron á la calle, llamándome asesino y envidioso. ¡Ah, señor Baltasar! si por acaso encuentra usted á esa araña á quien llaman Sr. Microbio, dígame que no se ponga al alcance de mis pies, si no quiere morir hecho tortilla ó que le entierren en una caja de violín. Adiós, siga usted bueno, compadézcame y no olvide mis lecciones.

Después de pronunciar estas palabras con voz entrecortada por la emoción, Cipriani estrechó la mano á su discípulo y volvió á meterse en la berlina, que partió al galope.

Cuando Baltasar, aturdido por esta revelación, iba á proseguir su camino, vió pasar cerca de él y

á toda prisa á un joven, en quien creyó reconocer uno de sus mejores amigos.

Marchó detrás Baltasar y le encontró apoyado contra un árbol con una pistola en la mano.

—¿Qué haces, Eduardo?—preguntó Baltasar.

—Que vengo á ejercitarme en el tiro al blanco á fin de adquirir buena puntería y no cometer un crimen que me escocería toda la vida.

—Pues ¿qué es lo que te propones?

—Quitarle á un bicharraco la puntita de la nariz, para que se rasque quince días, en justo castigo á su perversidad.

—¿Pues qué te ha ocurrido? Cuéntamelo.

—¿Para qué? Basta con que sepas que estoy dispuesto á dejar chato por todos los días de su vida á un majadero que me ha perjudicado extraordinariamente.

—Perdónale las narices y cuéntame lo que te ocurre.

—¿Quieres saberlo?

—Soy todo oídos.

—Tú sabes, querido amigo, que desde que terminé mi carrera de abogado y entré en la Administración pública, donde he tenido la honra de que se hiciese varias veces mención honrosa de mis servicios, mi más grata esperanza era alcanzar la plaza de secretario particular del presidente del Consejo y ministro de Estado. Esa plaza quedó



vacante hace algún tiempo, tiene un sueldo bastante aceptable, y yo contaba alcanzarla para contraer inmediatamente matrimonio con una joven á quien adoro y en la que cifro mi felicidad. Se anunció la plaza á oposición; yo estaba muy bien preparado é hice mis exámenes con tanta fortuna que recibí plácemes de los individuos que formaban el tribunal. Esta mañana, á primera hora, se verificó el ejercicio oral que daba fin al concurso, y ya nadie me hacía oposición, pues todos se habían ido retirando. Cuando penetré en la cátedra vi á un enanillo contrahecho, una especie de monigote que estaba examinándose de los ejercicios anteriores. El secretario del tribunal me llamó aparte, y con la sonrisa en los labios me anunció que el señor de Microbio se había presentado á última hora á disputarme la plaza, y después me dijo al oído: «Nada tema usted de semejante adversario; el éxito, que le ha sido á usted fiel hasta ahora, no dejará de coronar sus esfuerzos en esta prueba decisiva.»

Poco después empezó el examen, y yo expuse mi tesis con toda la lucidez y serenidad de quien se hallaba preparado desde mucho antes. Tocó su vez á Microbio, y no hizo más que gruñir y chillar del modo más escandaloso y extraño. Dos ó tres veces cayó del sillón gesticulando como un mono, y tanta extravagancia hizo que, á pesar de

la seriedad del acto, no pude menos de sonreír. La dicha embargaba mi ánimo: yo estaba seguro de la victoria. ¡Cuál no sería, pues, mi sorpresa, cuando después de habernos hecho salir, al llamarnos de nuevo, vi al presidente del tribunal levantarse con presteza, dirigirse hacia Microbio, y decirle estrechándole cariñosamente las manos: «¡Perfecto! ¡Admirable! ¡Ha estado usted sublime; es usted el espíritu más culto, más distinguido, más ilustrado de todo el reino!» Después, dirigiéndose hacia mí, añadió: «Mi pobre señor Eduardo, me ha dejado usted confuso, aturdido por su ignorancia y por la inconveniencia de los gestos y movimientos con que ha pretendido usted defender su extraña tesis. Se ha caído usted muchas veces del sillón, y el Sr. Microbio ha tenido que tomarse la molestia de levantarle con sus propias manos. Cuando se solicita un empleo de tanta importancia, debe uno presentarse en ayunas y con ademanes corteses. Hasta la vista, pues, y para otra ocasión, si llega á presentarse, yo espero que sea usted más discreto y venga más preparado.»

—Al oír esto creí soñar; estaba aturdido, estupefacto, aniquilado. Corrí á casa del ministro, monseñor Felipe, que me recibió muy mal y me dijo que la plaza de secretario íntimo había sido conferida al señor de Microbio y que, en cuanto

al empleo de corto sueldo que antes desempeñaba, podía despedirme de él por mi mal comportamiento en el examen. ¿Comprendes ahora, mi querido Baltasar, por qué hace un momento trataba de desembarazarme de una vida que sólo puede ofrecerme ya desventuras?

—Es indudable— exclamó Baltasar— cuanto más pienso en ello, comprendo más que el demonio anda mezclado en el asunto.

Y contó detenidamente á su amigo su propia aventura y la de Alberto Cipriani.

—Ese miserable espantajo á que se da el nombre de Sr. Microbio—dijo al concluir—está protegido sin duda por no sé qué poder infernal. Es preciso que formemos alianza contra él, y aunque sea más fuerte que un ejército, es necesario expulsarle de este país ó aplastar su horrilde cabeza. El rey Simplicio, que ha introducido las luces en sus dominios, debería haber comenzado por lanzar lejos de su país á todos los hechiceros. Es indispensable que conozcamos la solución de este enigma, y aun cuandouviésemos que luchar con Satanás en persona, deberá consolarnos la idea de que Dios es más fuerte.

, Baltasar habría añadido otros razonamientos si en aquel instante no se hubiese oído una deliciosa música, que parecía salir del fondo de los troncos de los árboles y de los cálices de las flores. Los

dos amigos prestaron oído y avanzaron hasta el borde del camino que dividía al bosque en dos partes iguales. Entonces contemplaron un espectáculo fantástico, que les dejó atónitos: vieron rodar sobre el sendero una carretela de forma desconocida, en que iba un personaje vestido á la usanza chinesca. La carretela era una especie de concha de cristal de roca con ruedas brillantes, cuyo movimiento sobre la grava del camino producía aquella maravillosa música que les había embelesado.

El cochero era un faisán de plata que tenía en su pico las riendas formadas de una cadena de piedras preciosas, y tiraban del coche dos grandes escarabajos de oro, mientras una gigantesca mariposa colocada detrás del misterioso personaje agitaba sus alas irisadas para darle sombra y refrescarle.

Al pasar delante de los dos amigos aquel extraño viajero, que era un anciano de larga barba blanca, les dirigió un cariñoso saludo, y del bastón de rubí que llevaba en la mano derecha se escapó un reflejo vivísimo que penetró en el pecho de Baltasar y pareció animarle con un fuego delicioso.

Apenas hubo desaparecido esta deslumbradora visión, Baltasar abrazó estrechamente á su amigo, y le dijo con la mayor alegría:



Especie de concha de cristal con ruedas...

—Nos hemos salvado.

Conozco á ese venerable anciano, y estoy seguro de que por su medio podremos bien pronto reducir á la nada las abominables hechicerías del Sr. Microbio.



VI.

El ministro de **Estado** y presidente del Consejo, de quien el enano Microbio vino á ser secretario particular, era el célebre Felipe, antiguo ayuda de cámara del Rey, de quien ya se ha hablado en otros capítulos. Los años habían dado á Felipe un aspecto casi respetable, engrosando formidablemente su vientre y blanqueando las dos enormes patillas de diplomático que adornaban su rostro de galopín. A pesar de su modesto origen y de su escasísima instrucción, lejos de ser tonto, se pasaba de listo, y el Gran Duque (que así se le llamaba), no sólo había sabido hacer su negocio, sino que confundía con sus travesuras, sus juga-

rretas y su mala fe á más de un hombre de Estado.

Poco tiempo después de los sucesos que dejamos relatados, el Gran Duque invitó á su Rey y señor Simplicio á una comida verdaderamente suntuosa, que se pagó de fondos secretos, y á que, como era natural, asistieron las personas más distinguidas del reino y los más altos dignatarios. Al llegar al suntuoso palacio de su anfitrión, el Monarca vió entre los invitados al ridículo caballero Microbio que, erguido como un pavo real, y apoyado en su bastón, se puso á mirarle de hito en hito con una curiosidad impertinente en que había mucho de insolencia: después de lo cual, lanzándose de repente hacia la mesa con una voracidad repulsiva, sacó de una fuente de asado, con los dedos, una perdiz y empezó á devorarla con tal ansia, que se le atragantó parte de ella, y en poco estuvo que se ahogara, pues se agitó durante un rato en convulsiones repugnantes. El rey Simplicio, lejos de enojarse ante tamaña grosería, dirigió un cariñoso saludo á Microbio y preguntó al gran duque Felipe quién era aquel jovencillo tan elegante, espiritual y encatador á quien veía por primera vez:—¿Será, por ventura—dijo—el autor de las comunicaciones sobre la política exterior é interior que de algún tiempo á esta parte vengo recibiendo todas las mañanas?

—El mismo es, en verdad, señor—dijo el ministro.—Yo me congratulo extraordinariamente de la buena suerte que me ha procurado tan excelente secretario. Se llama Microbio; ha recibido con extraordinario lucimiento el título de abogado, y yo me permito recomendarle muy encarecidamente á vuestras regias bondades.

—Permítame V. M. que deshaga un error, involuntario sin duda, del Gran Duque,—repuso entonces tímidamente un caballero de aspecto respetable, que era desde hacía mucho tiempo subsecretario del ministerio de Estado.—Esas comunicaciones políticas á que V. M. ha tenido la bondad de aludir las redactó yo.

—¿Quién le autoriza á usted para hablar?—preguntó el Gran Duque con acento desdeñoso.—Más valiera que antes de concurrir á mi casa hubiese usted tomado algunas lecciones de urbanidad y cortesía, para no anticiparse á tomar con los dedos, lo que un rato después hubiese podido tomar con tenedor.....

—Pero, señor ministro.....—dijo todo confuso el pobre subsecretario, que no comprendía una palabra de todo aquello.

—¡Silencio!—repuso imperiosamente el Monarca:—mi ministro dice la verdad, como siempre. Quien viene aquí á mascar de un modo vergonzoso y a manchar, como usted se ha atrevido á

hacerlo, mi pantalón de gala, no puede ser buen diplomático, ni buen escritor, ni hombre de educación, ni siquiera empleado público. Y creo que con esto he dicho ya bastante.

El infeliz subsecretario cayó desplomado al suelo, y los criados le transportaron desmayado á otra habitación.

No hay para qué decir que Microbio, mientras devoraba la perdiz que había cogido, se había sentado cerca del rey Simplicio, y era el autor de la mancha de grasa que había caído en el pantalón del Soberano. Este, volviéndose hacia Microbio, le dijo con un aire de enfática benevolencia:

—Un hombre como usted, Sr. Microbio, es la fortuna de un Estado, y merece las más altas distinciones. En consecuencia yo elevo á usted desde este momento al cargo de mi consejero íntimo y especial, y confiero á usted la cartera de Gracia y Justicia.

—Quedo muy obligado por esta distinción—contestó el monigote con voz ahogada, porque siguiendo su mala costumbre de comer con ansia se había atragantado con una pata de pollo.—Sí—repitió á los pocos momentos, desembarazado ya de aquel estorbo y limpiándose con sus largos y sucios dedos la grasa que manchaba sus labios;—quedo muy agradecido á V. M., que nada pierde con haberse acordado de mí, pues llenaré mi co-

metido con una capacidad y una competencia que no podrá menos de asombrar á todo el mundo.

—No dudo que así será—contestó el Rey— y esa noble confianza que usted demuestra en su talento, es la más segura garantía de los servicios que sin duda habrá de prestar al trono y al reino.

Continuó un rato la conversación, en la que Microbio incurrió en mil inconveniencias y salidas de tono, en que nadie pareció hacer alto, pues todos abrumaban de elogios al nuevo ministro, y muchos le rodeaban pidiéndole destinos y mercedes, mientras él se encogía de hombros con altanería, contestando:

—Veremos, haré lo que pueda ó lo que quiera; no me molesten ustedes.

Terminada la comida, el mismo Rey le condujo en su coche en compañía del gran duque Felipe, que viendo á Microbio en candelero, no dejaba de elogiarle.

Pocos días después, Rafael fué á buscar á su buen amigo Baltasar, en cuyas facciones se reflejaba la más viva alegría.

—¡Siempre tan visionario!—le dijo.—Me parece que estás entregado á tus sueños de oro; pero es necesario que yo te despierte.

—¿Qué sucede, pues? ¿Qué nueva desgracia tienes que anunciarme?—dijo Baltasar sobresaltado.

—¡Calma, querido amigo! Haz un llamamiento á tu sangre fría y piensa que no hay desgracia que la resignación cristiana no nos haga soportable. Has de saber que Rosita. ...

—¿Rosita? ¿Está enferma? ¡Habla, por Dios!

—Para ti se ha puesto muy malita....., porque va á casarse con el Excmo. Sr. de Microbio, que lá ha deslumbrado con su elevada jerarquía. El señor del Topo, que no es tan topo como parece, ha olfateado con esa boda su encumbramiento, y ha accedido á ella con una satisfacción extraordinaria. Figúrate que al ver á Microbio pedirle la mano de su hija ha comenzado á bailar la jota.

Baltasar escuchó tan terrible confidencia con aparente tranquilidad, aunque en el fondo se le desgarraba el corazón.

—¿Y qué? —preguntó, —¿no han bailado también algo el Sr. de Microbio y su prometida? ¡Qué lástima que no hubiera coronado la fiesta con un minué! La verdad que el Sr. de Microbio estaría arrogante y gracioso haciendo piruetas con esas piernecillas de catre deshecho y esa cabezota que si fuera un diamante no tendría precio.

—¿Acaso no amas ya á la hija del doctor?—preguntó Rafael.—Te felicitaría por ello con toda mi alma, pues ya ves que no es más que una coqueta, incapaz de sentir ni de saber estimar un verdadero cariño.

—No, amigo mío, ¡yo la-amo más que nunca!
—respondió Baltasar con energía.—La amo y la compadezco, porque sé que ella es víctima como yo, como tú y como tantos otros, de no sé qué extraño sortilegio que ha trastornado de algún tiempo á esta parte la cabeza á todo el mundo; pero ya he descubierto el medio de luchar contra esa fascinación, y por eso no me inquieto mucho por los proyectos de Microbio ni ante los temores que tu buena amistad trata de despertar en mi espíritu.

Dicho esto, contó á Rafael la misteriosa aparición que había tenido días antes, paseando con su amigo Eduardo.

—Ahora—añadió—creo tener la certidumbre de que el tal Microbio no es más que un *gnomo*, ó sea uno de esos duendecillos embrujados que guardan tesoros debajo de la tierra, y á quien el demonio ha dado á los ojos de los tontos apariencia humana con algún objeto que, por fuerza, ha de ser malo y reprobable. Pero confío en que le venceremos.

—¿Qué es lo que dices, amigo mío?—preguntó Rafael.—¿Estás en ti? ¿Ahora me vienes con cuentos de brujas y gnomos? Te creía más instruído, y te confieso que si sigues disparatando de ese modo, voy á perder una buena parte de mi admiración por ti. Parece mentira que ignores

que el anciano á quien viste el otro día en un carrito de cristal es el doctor D. Justino de Santafé, el único sabio de verdad que tenemos en Tierra Alegre, razón por la cual no ha ocupado nunca cargo alguno y ha vivido siempre aislado, con la sola compañía de sus estudios en que, según se dice, ha llegado á rayar á una altura maravillosa. Circulan sobre él una porción de rumores singulares; hay gentes que afirman que este excelente hombre está en comunicación con el mundo invisible; pero tú y yo, que hemos estudiado algo, tenemos la obligación de no dar crédito á tan absurdas hablillas. Toda la magia del doctor Santafé consiste sencillamente en que sabe mucho. Suele pasearse en una carretela que parecía de cristal, y los ignorantes que le han visto se figuran que semejante carruaje es cosa de hechicería. Sin embargo, no hay aquí brujería de ninguna especie. La caja del coche tiene la forma de una concha entreabierta, y es de acero plaqueado en plata. En el mecanismo de las ruedas hay un artificio musical que se pone en movimiento con la rotación del carruaje. El faisán de plata, que hace de cochero, no es otra cosa que un jovencillo disfrazado con un traje caprichoso; los escarabajos que tiran de la carretela encierran una ingeniosa máquina de vapor que les hace caminar con rapidez, y la enorme mariposa que

agita las alas es sencillamente un quitasol **muy** bien hecho, cuyo mecanismo mueve á su gusto el doctor Santafé. En cuanto á la varilla de rubí, cuyo reflejo te ha desvanecido, es el objeto más notable y más extraño de todos los que acabo de enumerar. Se dice que fijando la vista en el centro de esa rarísima joya se ve salir como de un espejo la imagen de la persona que ocupa en aquel instante nuestro espíritu.

—¿Podrá ser cierto?—exclamó Baltasar.

—Es un dicho como otro cualquiera—repuso Rafael;—pero nosotros, que debemos estar libres de esas preocupaciones, no tenemos para qué tomar en serio semejante fábula.

—Serán fábulas ó lo que te pareza—dijo Baltasar;—pero yo que no estoy más desprovisto que cualquier otro de razón y de buen sentido, te diré que una concha de cristal no es acero forrado de plata; un faisán en nada se parece á un lacayo, y nunca he visto máquinas de vapor en forma de escarabajo. Afirmo, pues, y sostengo que el personaje que encontré el otro día no es el doctor Santafé ó en otro caso que ese doctor es hechicero.

—Eres muy testarudo—contestó Rafael—y será preciso que te convenzas por tus propios ojos. Vente conmigo á casa del doctor Santafé, y te rendirás á la evidencia.

Diciendo esto, tomó el brazo de Baltasar y le llevó hasta la reja del jardín que rodeaba la casa del sabio.

—¿Qué haremos para entrar?—dijo aquél.

—Pues lo que hace todo el mundo, llamar á la puerta—contestó Rafael, que levantó y dejó caer varias veces el llamador dorado que estaba unido á la cerradura.

Se oyó entonces un ruido subterráneo, parecido al eco del trueno al través de montañas lejanas. La reja se abrió por sí sola como por encanto, y los dos amigos avanzaron por una larga avenida que conducía á la casa. Baltasar se extasiaba contemplando la belleza de los árboles y el follaje de esmeralda que adornaban aquella parte del parque. Rafael estuvo á punto de pisar dos enormes ranas que marchaban al lado de él dando saltos.

—¡Bonita posesión—dijo,—donde se toleran semejantes bicharracos!

Al mismo tiempo se bajó para tomar una piedra y tirársela á las ranas; pero éstas saltaron hacia atrás y le miraron con ojos llenos de expresión. Tiró, sin embargo, la piedra á una de las ranas, que se convirtió en seguida en una viejecilla acurrucada al borde del sendero y que le dijo:

—¡Dios te castigará por maltratar á pobres gentes reducidas á trabajar como negros para ganar un poco de pan!



Le llevó hasta la verja del jardín.

La otra rana se había convertido en un viejecillo, de ojos pequeños y maliciosos que se puso á quitar las malas hierbas del jardín. Baltasar sintió miedo é hizo redoblar el paso á su amigo. Cuando se aproximaron á la puerta del palacio, encontraron el cochecito tirado por los dos escarabajos, que lo arrastraban al son de una música deliciosa.

—¿Qué te decía yo?—observó Baltasar.—¿Ves y oyes ahora?

Rafael, impresionado á pesar suyo, guardó silencio.

La casa del doctor Santafé era de la más exquisita elegancia, y no tenía más que dos pisos. Baltasar tiró de la campanilla, la puerta se abrió y un ave del tamaño de una avestruz con plumas de oro les preguntó qué deseaban.

—¡Bien!—dijo Rafael.—¡Singular portero!—Y tirando al avestruz de una de sus plumas, añadió:—Ve corriendo á anunciar á tu señor que aquí hay dos jóvenes que le esperan.

El pájaro contestó con un graznido amenazador, y mordió en un dedo al atrevido estudiante, que no pudo contener un grito doloroso. Sin duda la cosa no habría parado aquí, si la puerta de las habitaciones interiores no se hubiese abierto de pronto.

Un anciano seco y pálido, de larga barba

blanca y vestido con un traje de terciopelo negro y una chaquetilla oriental de color de naranja, con la que hacían juego sus botas rojas, se adelantó hacia los dos amigos. Era el doctor Santafé. Un marcado espíritu de bondad se reflejaba en sus facciones.

—Les he visto venir, señores—les dijo—y de todos modos me figuraba que el Sr. Baltasar no dejaría de hacerme una visita. Tengan ustedes la bondad de seguirme.

Diciendo estas palabras el doctor marchó delante de ellos y les condujo á una espaciosa habitación, amueblada con el gusto más severo y en que había una soberbia biblioteca. Hízoles sentar y les preguntó con amabilidad en qué podía servirles.

Baltasar tomó la palabra y le refirió la perturbación que reinaba en Villabonita desde la llegada del señor de Microbio. Concluyó manifestando que sin saber por qué tenía la convicción de que el doctor Santafé era la única persona del mundo que podía hacer cesar aquellos abominables encantamientos.

El doctor se abismó en hondas reflexiones durante algunos minutos, y después respondió á Baltasar con acento grave y voz ligeramente velada:

—Yo sé que hay en estas aventuras algo de

misterioso; pero es menester, ante todo, descubrir el poder oculto que se mezcla en esta intriga. Sospecho que ese supuesto Sr. Microbio, no es otra cosa que un vegetal, una raíz de mandrágora; pero es necesario asegurarse de ello, y eso es lo que voy á intentar.

Dicho esto, el doctor puso la mano en un cordón de seda azul que hacía mover resortes ocultos y bajó una escala de cedro desde el techo al suelo, sujetándola sobre uno de los grandes armarios que formaban la biblioteca. El doctor subió por allí rápidamente y tomó un gran libro que condujo hasta la mesa.

—Este libro—dijo á los dos estudiantes—trata de las mandrágoras ú hombres raíces; todas las variedades de estos seres que existen sobre la tierra se hallan representados en las estampas de colores que vamos á ver ahora, y si encontramos entre ellas la figura de ese famoso Sr. Microbio, podéis estar tranquilos, porque caerá bien pronto en mi poder.

Apenas abrió el libro el doctor, cuando los amigos vieron una serie de grandes y hermosos cromos que representaban una multitud de pequeños enanos de toda especie y de las más extrañas formas. Cuando el doctor tocaba uno cualquiera de ellos, iba engrosando y formando relieve sobre el papel hasta convertirse en un ser

vivo que se lanzaba fuera del libro y se ponía á dai saltos y cabriolas sobre la mesa de mármol, lanzando extraños gruñidos; entonces el doctor le tocaba con una varilla en la cabeza, le dejaba inmóvil y le volvía á colocar sobre la hoja del libro pasando la mano sobre él y dejándole aplastado como una lámina pintada. Así fué pasando revista á todas las páginas del libro, sin que Baltasar pudiese reconocer al señor de Microbio.

—Es singular esto—dijo Santafé;—pero sigamos nuestras investigaciones, pues quizá Cinabrio pertenezca á la familia de los gnomos.

Volvió á subir por la escala y tomó otro volumen que abrió como el precedente, mientras los jóvenes se miraban con ojos espantados. Los cromos de este libro representaban monstruos morenos ó negruzcos de la figura más horrenda que cabe concebir. Cada uno de los que tocaba el doctor lanzaba un ronquido desagradable, saltaba de la hoja, arrastrándose sobre la mesa como un sapo y daba pequeños saltitos tratando de escaparse, hasta que el doctor volvía á colocarle y aplastarle sobre el libro. Tampoco Microbio apareció entre los gnomos.

—Es bien extraño que no le hayamos encontrado en ninguno de esos libros—dijo el doctor. Y se puso á meditar profundamente.

Mientras Santafé meditaba de ese modo, se oyó

cerca de la habitación un coro de voces muy delicadas que entonaban una preciosa canción de un modo muy dulce y agradable.

—¡Oh, doctor!—exclamó Baltasar embelesado—¡tiene usted una música maravillosa!

El doctor no respondió, pero se puso á mirar al joven con extraña fijeza, y extendiendo los brazos hacia él, sacudía de vez en cuando los dedos como para hacer saltar sobre su rostro algunas gotas de un fluido invisible. Después tomó las manos del estudiante entre las suyas y le dijo con gravedad.

—Sígame usted, voy á ensayar una experiencia para la cual necesito absolutamente de su concurso.

Los dos jóvenes siguieron al doctor á través de muchas habitaciones en que había extraños animales que se ocupaban en leer, escribir, pintar y danzar. Una puerta de dos grandes hojas se abrió ante ellos y se encontraron en frente de una espesa nube, tras la cual desapareció el doctor Santafé. Bien pronto se desgarró aquella nube con estrépito y los dos amigos vieron ante sus ojos una sala ovalada, de cuyas paredes se desprendía un vapor blanco y espeso. Poco á poco las paredes de la sala fueron alejándose y desapareciendo, y en su lugar vieron praderas y bosques embalsamados con perfumes deliciosos. El doctor Santafé

apareció en medio de este paisaje, vestido de blanco como un sacerdote de la India; colocó en el centro de la sala un espejo de cristal de forma esférica, y después de haberlo cubierto con un velo, dijo á Baltasar:

—Joven, colóquese usted ante este espejo y dirija toda las fuerzas de su pensamiento hacia la persona que más quiera usted en el mundo. Desea usted con toda la energía de su voluntad que esa persona aparezca inmediatamente en el espejo.

Baltasar llamó á Rosa desde el fondo de su corazón, mientras Justino Santafé describía por encima de su cabeza círculos magnéticos. Esta operación duró breves momentos, y bien pronto Baltasar vió condensarse en la superficie del espejo un vapor azulado, que tomó poco á poco la forma y las bellas facciones de Rosita.

Este encantador espectáculo habría hecho feliz al enamorado Baltasar, si no hubiese divisado enseguida al lado de su amada, la innoble figura de Microbio, que fijaba sus horribles ojos en Rosa, mientras ella le contemplaba con ternura. Baltasar lanzó un rugido y apretó los puños lanzándose al espejo para despedazarle.

Entonces, Justino Santafé le contuvo sujetándole los brazos con fuerza y le dió enseguida su varilla mágica, diciéndole á media voz:—Golpee usted con esta varilla de cristal la imagen de Mi-

crobio, pero sin moverse ni un paso de este sitio; sobre todo, dé usted muy flojos los golpes.

El estudiante tomó la varilla, la descargó sobre la imagen de su rival y fué grande su sorpresa al verle debatirse y rodar por el suelo. Animado por este éxito, avanzó un paso y levantó con fuerza la vara para descargarle el golpe de gracia; pero la visión se desvaneció.

—¡Detente, temerario joven!—gritó el doctor Santafé con voz de trueno.—Si llegas á romper el espejo, moriríamos todos. Salgamos de aquí enseguida: una detención de un minuto podría sernos funesta.

Los tres salieron de la estancia á pasos precipitados.

—Ahora sé ya á que atenerme—dijo el doctor cuando llegaron de nuevo á la biblioteca.—Estoy seguro de que el llamado Sr. Microbio no es una mandrágora, ni un gnomo; sino un ser humano contrahecho, horrible é imbécil; pero á quien protege un poder oculto que le hace aparecer á los ojos de casi todas las gentes como un hombre gentil, hermoso y de excepcional talento. Yo investigaré qué poder es ese que protege á Microbio; venga usted, amigo Baltasar, dentro de seis ú ocho días, y yo le indicaré el medio más seguro de llevar á breve fin esta extraña aventura.

Baltasar tomó la mano del doctor y la llevó á

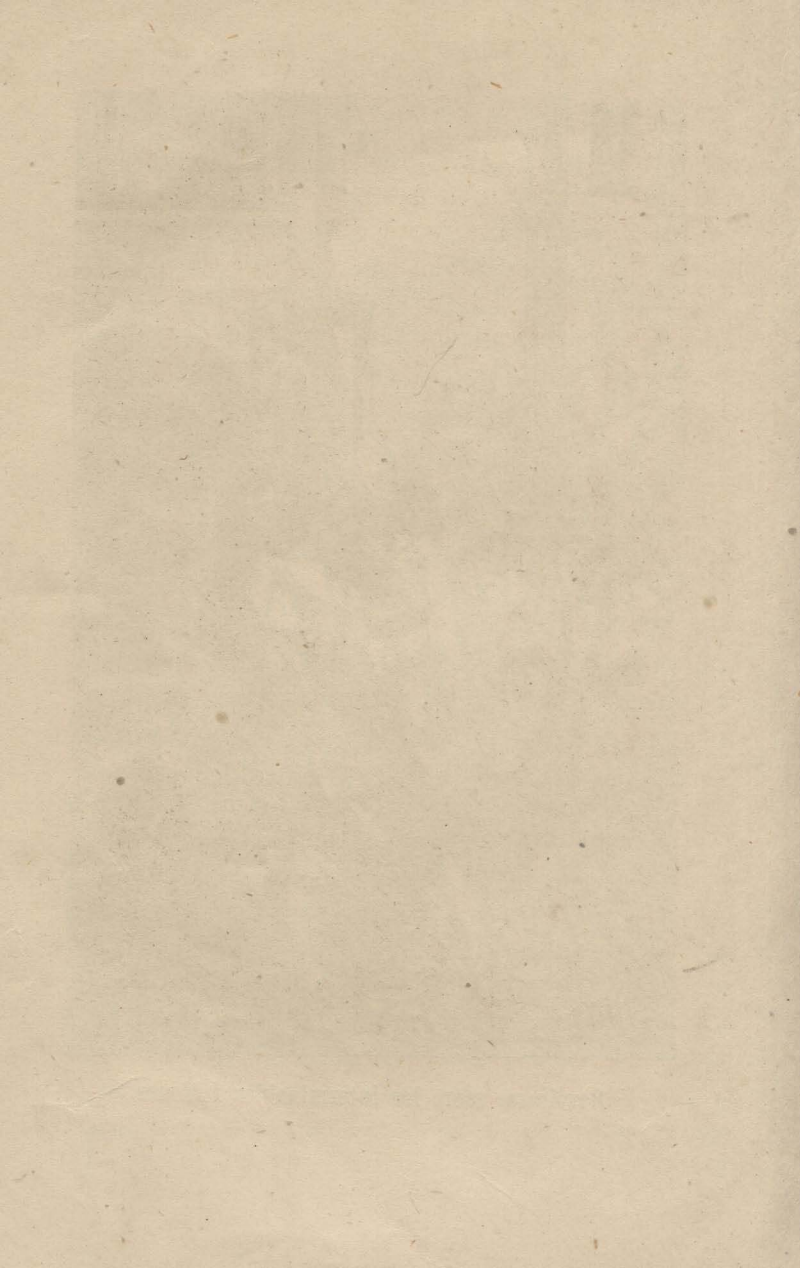
sus labios con gratitud y respeto. Justino les despidió afablemente, y el avestruz que hacía de portero les acompañó hasta la verja. Como Rafael le tirase á escondidas un nuevo pellizco, volvió á morderle un dedo con tal violencia, que se lo ensangrentó, y el pobre joven echó á correr como un desesperado dando gritos. La verja se abrió y cerró por sí sola, y pronto los dos amigos se vieron fuera del palacio de Santafé.

— ¡Eh! escucha, hombre — exclamó Baltasar que se vió precisado á correr para dar alcance á Rafael; — ¿qué frac tan raro llevas, que las mangas no te llegan más que á los codos, mientras los faldones te caen hasta los pies?

Rafael volvió sorprendido la cabeza y vió que en efecto, las mangas estaban encima del codo y los faldones le iban arrastrando por el suelo y se alargaban más y más á cada paso que daba, hasta perderse de vista detrás de él. En vano trató de estirarse las mangas y recogerse los faldones; aquéllas se subieron hasta los hombros, y éstos siguieron alargándose por el camino, de modo que, al llegar á las puertas de Villabonita, los perros empezaron á ladrarle y los chiquillos á hacerle burla y á saltar y revolcarse sobre los interminables faldones del frac, que seguían creciendo á modo de infernal cola. Desesperado y aturdido ante aquel clamoreo, el infortunado joven



Revolcarse sobre los interminables faldones.



se metió corriendo en la primera casa, cuya puerta encontró abierta. Apenas hubo entrado, cuando con gran sorpresa suya, su traje volvió á adquirir las proporciones ordinarias.

Baltasar entró detrás de él, y entonces vieron que estaban en casa de Eduardo, el infortunado opositor á la plaza de secretario del Gran Duque. Llamó Eduardo á un lado á Baltasar, y le dijo en voz baja.

—¡Imprudente! ¿Cómo te atreves á dejarte ver por las calles de Villabonita, cuando la policía está buscándote por todas partes para reducirte á prisión?

—¡Á mí! ¿Y qué delito he cometido?—preguntó Baltasar—que creía estar soñando.

—¿Cómo tienes valor para dirigirme semejante pregunta?—replicó Eduardo.—Tan olvidadizo eres que ya no recuerdas que hace dos horas has entrado á viva fuerza en el domicilio del profesor D. Cándido del Topo, y dado tan tremenda paliza al Excmo Sr. de Microbio, que hablaba con su prometida, que los médicos no saben si ese monigote recobrará la salud?

—¿Qué patrañas me estás contando?—interrompió Baltasar.—Precisamente salí de Villabonita esta mañana temprano y no he vuelto hasta este momento.

—Basta—dijo Eduardo;—reserva esta defensa

para otros que no te quieran como yo; entre amigos no hay para qué andar con misterios ni disfraces, aparte de que yo me alegro infinito de que hayas machacado las costillas á ese horrible lagarto, que tanto daño nos ha hecho. Da gracias á que el ridículo traje con que paseaba Rafael, ha sido causa de que nadie fijase la atención en tu persona; pero si quieres evitar el dar con tu cuerpo en un calabozo, te aconsejo que te marches inmediatamente sin que se entere nadie, y te ocultes en lugar bien seguro. Lo mejor será que yo mismo te esconda; dame la llave de tu cuarto para que yo recoja esta noche los objetos de tu pertenencia y te llevaré á Aldearísueña, á casa de mi madre, donde estarás oculto hasta que pase la nube que amenaza descargar sobre tu cabeza.

El pobre Baltasar, que no sabía lo que le pasaba, dió gracias á su buen amigo y se dejó conducir maquinalmente por éste, que en breves horas le llevó al lindo pueblecillo en que habitaba su familia.



VII

Mientras ocurrían todos estos acontecimientos, el profesor D. Cándido del Topo calculaba las ventajas que había de reportarle la unión de su hija con el excelentísimo é ilustrísimo señor don Tití del Microbio, ministro de la Corona.

—El físico de mi futuro yerno—decía—es seductor, y su talento es casi tan grande como el mío, ó acaso le iguala. Además, mi hija moriría de pena si yo no consintiese en ese enlace, y por otra parte, ese ilustre joven es el favorito de Su Majestad, y Dios sabe el brillantísimo porvenir que le está reservado. El otro día me prometió que una vez hecha la boda interpondrá su influencia para que se me haga Ministro de Fomento,

distinción que merezco, ya lo se, pero que me volvería loco de felicidad. ¡Apenas introduciría yo entonces reformas! El comercio, la instrucción pública, la industria, las bellas artes; todo lo volvería de arriba abajo.

El doctor del Topo tenía razón. La señorita Rosa estaba enamorada de su Microbio y nada era más curioso para los pocos que veían á éste bajo su verdadero aspecto, que oirla contar sus perfecciones. Eduardo reía á más y mejor, y en cuanto al anciano subsecretario de Estado, que había logrado volver á la gracia del Gran Duque y del Rey, y conservar su empleo regalando al Monarca una caja de pastillas de jabón de todas formas y colores para quitar las manchas de grasa de su pantalón blanco, estaba decidido á espiar la primera ocasión favorable para tender un lazo á Microbio y romperle la cabeza.

El señor de Microbio, ya restablecido de su dolencia, había obtenido del Rey, entre otros regalos, una hermosa posesión con su palacio correspondiente en las cercanías de Villabonita. En medio del jardín que rodeaba esta habitación había un lindísimo parterre lleno de rosas de cien hojas. Cada siete días, Microbio se levantaba poco antes de salir el sol, bajaba sólo al jardín y desaparecía á través de los rosales. Eduardo y el subsecretario, que le espiaban, escalaron una noche

las tapias del jardín, esperaron con calma, consumiendo un paquete de cigarrillos, y al amanecer oyeron el ruido de un coche hacia la parte de fuera y vieron entrar al enano en la plazoleta de los rosales. Al mismo tiempo el perfume de las flores se hizo más suave y penetrante, una dulce brisa agitó las hojas rociadas por la humedad de la mañana, y una mujer bella y de aspecto majestuoso descendió sobre una nube de oro en medio de los rosales. Al ver á Microbio le sentó sobre sus rodillas, le acarició como una madre á su hijo y se puso á desenredar con un peine de oro la enredada cabellera del monstruo, que soportó la operación de mala gana, gruñendo y dando codazos á aquella señora, que no era otra que el hada Rosalvina.

—Señora—le dijo—me fastidia usted con ese empeño de convertirse en mi peluquera, y sobre todo haciéndome madrugar tanto. Yo tengo mucha condescendencia, pero todo se acaba en el mundo, y no he de ocultar á usted que celebraría mucho verme libre de su tutela.

—¡Pobre hijo mío!—respondió el hada con acento cariñoso;—no pecas de agradecido, pero si yo te abandonase ¡qué sería de ti! Déjame que termine tu peinado, pues te va en ello más de lo que piensas.

Microbio gruñó sordamente, y cuando el hada

hubo separado sus cabellos en bucles á un lado y otro, dijo:

—Gracias á Dios; no hay mal que cien años dure, pero me iba usted aburriendo de veras. Cualquier barbero me peinaría mejor y á la hora que á mí me conviniese. Conque hasta la semana que viene, señora, y haga usted lo posible porque esto dure poco, pues conozco mi genio y el mejor día pondré á usted en la puerta de la calle.

Quizá las hadas, como algunas personas, quieren á quien las desprecia, ó tal vez Rosalvina tenía algún motivo especial para proteger á Microbio, á pesar de su ingratitud, pues le despidió con ternura y se enjugó algunas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Adiós, hijo mío—le dijo—no te enfades y sé prudente y sagaz para que la fortuna siga protegiéndote

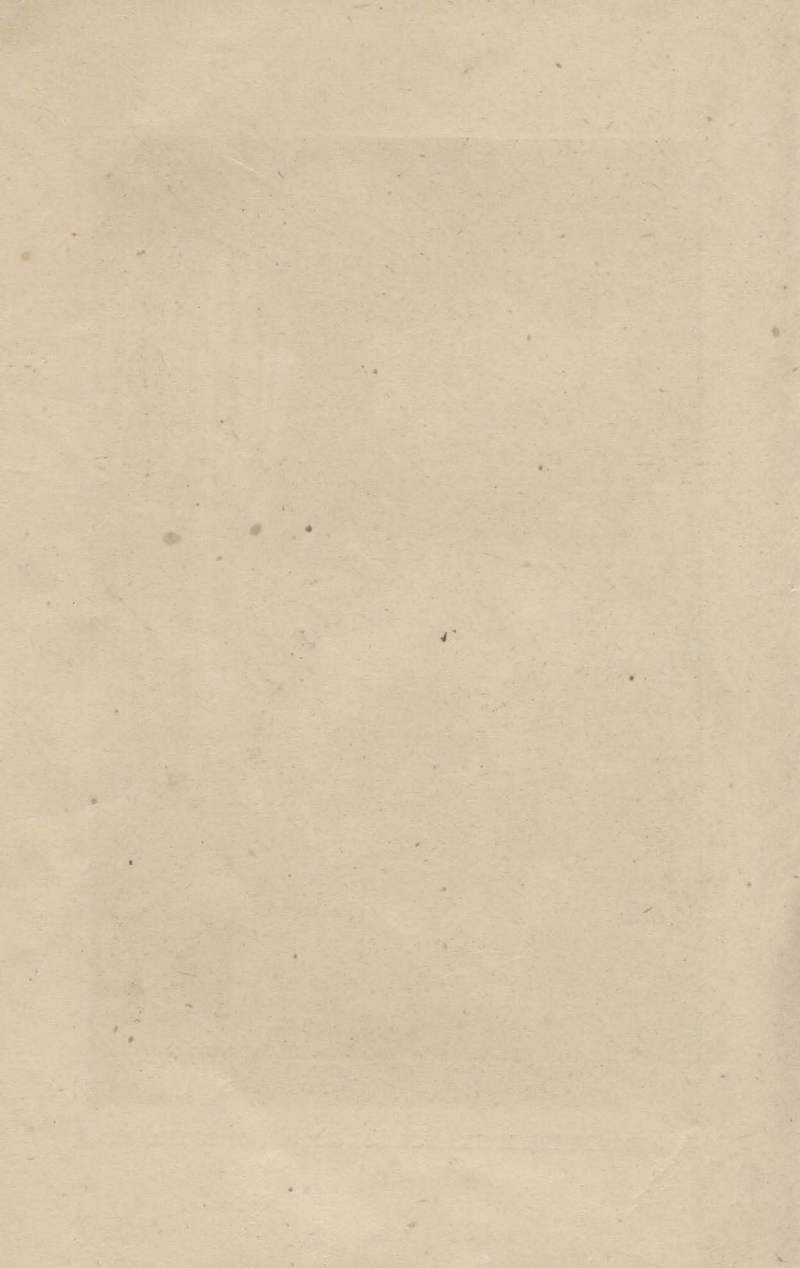
—Bien, señora, bien—contestó Microbio, bostezando y dejando ver una espantosa boca de dientes torcidos;—gracias por su amabilidad, pero tenga usted la discreción de comprender que quien por sus méritos propios ha llegado á los veinticuatro años á Ministro, en vez de necesitar consejos, puede darlos.

Dicho esto volvió la espalda, y Rosalvina se alejó en su nube, ahogando un suspiro.

Eduardo y el subsecretario, que lo habían oído



Con toda su fuerza una bota á la cara del pobre médico.



y visto todo, quedaron mudos de sorpresa. El primero escribió inmediatamente una larga carta á Baltasar refiriéndole lo ocurrido y prometiéndole redoblar su vigilancia.

Mientras tanto Microbio había visto á sus dos enemigos huir á través de las avenidas del jardín, después de la marcha de su protectora. Lleno de miedo, creyendo que eran ladrones, tuvo un acceso de fiebre y se hizo llevar al lecho. El Monarca, informado de la repentina indisposición de su ministro, le envió su médico de cabecera.

—Señor Ministro—dijo el médico respetuosamente tomándole el pulso—usted vela demasiado por la salud del reino y gasta su preciosa salud.

—¿Qué modo de hablarme es ese, tarambana? ¿No sabes que tengo excelencia?

—Perdóneme V. E.—dijo el médico respetuosamente:—he faltado y lo reconozco. Decía que la cabeza de V. E. arde, que los sesos le bullen un poco y que está expuesto á una enfermedad cerebral.....

—¿Qué disparates dices, charlatán de los demonios?—dijo con su voz ronquilla y nasal Microbio, incorporándose en la cama y manoteando como un energúmeno.—Yo no quiero estar malo, tengo más salud y robustez que tú y que toda tu casta, y voy á levantarme para asistir al Consejo de S. M., á quien recomendaré que tome un médico menos zopenco que tú.

Dicho esto, arrojó con toda su fuerza una cota á la cara del pobre médico, que huyó echando sangre por la nariz y se quejó al Rey del mal tratamiento que había recibido.

Simplicio rió á carcajadas al escuchar la relación de su médico, y después, frunciendo el ceño, dijo al médico:

—Espero que no habrás tenido la osadía de decirle palabra alguna inconveniente que haya podido herir su noble susceptibilidad. De otra suerte, tu castigo será terrible.

—¡Ah! no, señor; todo lo contrario—respondió asustado el infeliz Galeno;—yo respeto á S. A. el señor Ministro casi tanto como á V. M., y aun añadiré que nada siento tanto como haber merecido su cólera.

—Está bien—dijo el Rey—y da gracias de que sales del paso con sólo veinticinco palos que te haré dar; pero si otra vez le disgustas, te quitaré el empleo. Mi consejero especial es un hombre incomparable, y estoy seguro de que ningún Soberano de Europa tiene un Ministro que demuestre tanto celo por los intereses públicos.

Poco después entró en la real cámara el señor de Microbio, y el gran duque Felipe, después de felicitarle por su infatigable actividad, le rogó que leyese al Monarca un protocolo que él decía haber redactado para una importante negociación.

entre el reino de Tierra Alegre y el de Costa Negra.

—Esta memoria está hecha por mí—añadió Felipe—y yo advertiré de ello al Rey; pero vuestro maravilloso arte de leer le añadirá un valor enorme.

La pretendida obra de Felipe era debida al pobre subsecretario, pero éste se resignaba á todo con tal de que le dejaran su empleo.

Microbio tomó el documento y á los pocos momentos entró el Rey y se abrió el Consejo de ministros. Calándose los anteojos, y con voz estrepajosa, atropellada é imposible de entender, comenzó Microbio la lectura del protocolo, saltando hojas enteras porque le parecía largo. El Rey parecía escuchar la lectura con embeleso, y al terminarse ésta, dijo:

—¡Oh, esto es perfecto! ¡Es de una diplomacia acabada! ¡Es inimitable y grandioso!

Después, dirigiéndose hacia Microbio con los ojos húmedos de entusiasmo, le abrazó y le dijo, dando á su voz entonación solemne:

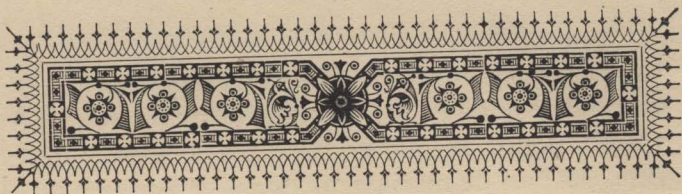
—Mi querido amigo, yo hago á usted desde este momento mi presidente del Consejo y Ministro universal; le nombro gran Canciller y gran Duque y ordeno y mando que todos mis súbditos obedezcan á usted como á mí mismo. Además, nombro á usted presidente del Parlamento, del

Consejo de Estado y del Tribunal Supremo, Capitán general de los ejércitos nacionales, Almirante de la escuadrilla fluvial de Tierra Alegre y doctor en todas las facultades universitarias; ingeniero, perito agrónomo, académico, gran collar del Tigre Verde, gran dogal del Serpentón y la Paloma, gran cruz de Puerta Cerrada, y hábitos, cintas y condecoraciones de todas clases. Todo esto y mucho más merece usted por su talento y su amor al Estado.

—Cierto es, señor—contestó Microbio irguiéndose—que es grande el premio que reciben mis servicios; pero también es verdad que éstos no han sido escasos ni flojos.

—Lo reconozco así con júbilo y todo se andará—dijo el Monarca.—En cuanto á usted—añadió dirigiéndose á Felipe—no hará mal en retirarse á sus tierras; está usted gastado, amigo mío, muy gastado.....

El desgraciado Felipe se retiró muy entristecido, lanzando una furiosa mirada á su joven sucesor, que le vió partir, y adoptó el aire más desdenoso é insolente, con la cabeza erguida y haciendo molinetes con su bastón de marfil y puño de oro. Un rato después se despidió del rey Simplicio; pero éste, que seguía asombrado con el estadista que le había cabido en suerte, no le dejó marchar, le hizo almorzar en su compañía y le señaló habitación en el real palacio.



VIII.

Tres días después de esta escena, el doctor Justino Santafé, apoyado en una de las ventanas de su palacio, miraba melancólicamente los bellos jardines que se extendían á sus pies. Había invertido una noche en trazar el horóscopo de Baltasar, y esta operación le había revelado interesantes detalles relativos á Microbio. Cuando él miraba detenidamente una línea de color de fuego que en el horóscopo se observaba, oyó pararse un coche á la puerta de la verja. Era la hada Rosalvina, que venía á visitarle.

Estaba vestida de negro y llevaba un velo largo y muy elegante. Acometido de una extraña inquietud á su aspecto, Justino de Santafé tomó su

varita y dirigió hacia el hada el reflejo purpúreo de su bastón de rubí. Entonces, á través de aquel vestido negro, reconoció la túnica blanca y diáfana, las alas de matiz azul celeste y la corona de rosas que formaban los atributos misteriosos de la seductora Rosalvina.

No menos astuto que la visitadora, el doctor la hizo la acogida más cordial y le ofreció una taza de café que ella aceptó. Cuando la cafetera estuvo colocada sobre la mesa y el doctor fué á llenar las tazas, en vano estuvo vertiendo café un buen rato, pues las tazas siguieron vacías.

—¡Oh! ¡oh! está bien—dijo el doctor sonriendo:—¿á que venimos á parar en que mi café no vale nada? ¿Será usted tan bondadosa, señora mía, que consienta en servirse por sí?

—Con mucho gusto;—respondió la hada, y tomó la cafetera; esta vez no cayó una sola gota de café, pero las tazas se llenaron tan rápidamente que se desbordaron en un abrir y cerrar de ojos, y el elegante vestido de Rosalvina quedó inundado de café. Esto era prodigio contra prodigio. Desde que Rosalvina dejó la cafetera sobre la mesa todo el café desapareció sin dejar la menor señal y las tazas aparecieron perfectamente secas.

El doctor y la hada cruzaron una mirada de desafío. Al fin ella tomó la palabra.

—Doctor—le dijo—cuando yo he llegado estaba

usted muy entretenido leyendo un libro que debía ser muy interesante.

—Es cierto, hermosa señora—contestó Santafé—esta obra contiene cosas verdaderamente notables.

Y diciendo esto trató de abrir el libro, pero las hojas se cerraban siempre con violencia.

—Es extraño—dijo el doctor,—¿no podría usted señora, abrir este endemoniado libro?

La hada le abrió sin el menor esfuerzo y las hojas se desprendieron y volaron por la habitación, adquiriendo dimensiones verdaderamente monstruosas. Esta vez la hada retrocedió con asombro. El doctor sonrió ligeramente, cerró el libro con ruido y todas las hojas que volaban desaparecieron.

—Basta, querida señora—dijo Santafé—dejemos á un lado estas pequeñeces y pasemos, si así lo deseáis, á experimentos de mayor importancia.

—¡No! —exclamó el hada;— deseo retirarme cuanto antes.

—¿Es posible?—dijo el doctor con aire de sorpresa—¿Tan mal se siente usted en mi compañía? Entonces ya es tiempo de que la diga que se encuentra en mi poder.

—¿Lo cree usted así?—dijo el hada palideciendo, pero con acento de ironía. A estas palabras su traje negro se extendió tomando la forma de las

alas de un murciélago, que empezó á revolotear á la altura del techo. El doctor tomó entonces la forma de una aguililla y persiguió al murciélago. Este, lleno de fatiga cayó al suelo y se convirtió en rata. El doctor tomó la forma de un gato gris y dió caza á la rata, que se cambió en pájaro mosca, para escapar del gato. En aquel momento una multitud de pájaros fastásticos y de insectos terribles, llenaron la habitación, y una delicada malla de hilos de oro se extendió ante la ventana para quitar al pajarillo toda esperanza de fuga.

Rosalvina se vió precisada á recobrar su forma natural y apareció en todo el esplendor de su hermosura ante el doctor Santafé, que se dirigió á ella armado de su varita mágica. El hada retrocedió bruscamente, y este movimiento hizo caer su peine de oro, que el doctor tocó con su varita y se rompió en pedazos.

—¡Oh, desgraciada de mí!—dijo Rosalvina. Y súbitamente cambió la escena, y el hada y el doctor aparecieron uno enfrente del otro tomando un café de exquisito perfume.

—A fe mía—señora, dijo el doctor—lamento el percance del peine y estoy pronto á regalar á usted otro.

—Sería inútil—contestó Rosalvina;—bien comprende usted que el valor material de ese adorno es lo que menos me preocupa. Después de todo,

la culpa es mía; yo debí haberme fijado en que las dalias figuradas en los tapices de esta habitación son piedras mágicas. Hemos luchado y he sido vencida; no guardo á usted rencor. Pero ¿cómo es que no nos hemos conocido hasta ahora?

—Eso consiste—dijo Justino—en que en la época en que usted era una de las hadas más encantadoras del país de las Mil y una Noches, yo no era todavía sino un pobre estudiante, secuestrado en el fondo de las pirámides de Egipto, donde aprendí la mayor parte de lo que sé. En tiempos del príncipe Demetrio vine á establecerme en esta comarca.

—¡Y cómo se libró usted del destierro en los primeros meses del reinado de Simplicio!—preguntó Rosalvina.

—Tuve buen cuidado de no dar á conocer que sabía algo de magia, y me mostré celoso partidario del nuevo sistema. Afirmé que no debía llover ni tronar sino por la voluntad del Monarca, y que la nobleza es muy útil para que haya buenas cosechas, toda vez que se pasa el tiempo deliberando sobre la prosperidad del país, mientras los labradores trabajan. Reconocido el Monarca me nombró inspector general de la civilización, pero desempeñé el cargo poco tiempo y le abandoné á un recomendado del ex gran ministro Felipe, al que debe haber contrariado mucho dejar el poder,

cuando lo ejercía hace veinte años. Pero, en fin, esto ha sido una jugarreta de usted para vengarse de Simplicio y de su Gran Duque y ayuda de cámara. No me parece mal, y creo que Simplicio no está aún bastante castigado; pero ya es tiempo de que acabe la comedia de Microbio, por cuya causa sufren á estas horas muchas personas inocentes.

—Pero—interrumpió Rosalvina—siendo usted tan bueno, querido doctor, ¿cómo persigue con ese encarnizamiento á mi infeliz protegido Microbio?

—Lo hago así para reparar grandes y funestas injusticias, señora. Ese Microbio es un monigote despreciable, imbécil, ingrato y de la peor índole; pero desde el momento en que he logrado romper el peine de oro con que usted le daba una apariencia engañosa, ha caído para siempre bajo mi poder, y usted ya no puede protegerle aunque quiera.

—¡Piedad, piedad para él, mi buen doctor!—exclamó el hada con voz dulce y suplicante.

—No puedo ni debo tener esa piedad, señora; en primer lugar porque yo estoy destinado á hacer el bien, y en segundo, porque el tal Microbio compromete seriamente la felicidad y aun la vida de un joven apreciableísimo, digno de mi protección y de la de usted.



Pero en fin, esta ha sido una jugarreta de usted.

—Cúmplase, pues, el destino—dijo el hada suspirando.—¡Pobre Microbio!

—Sí;—repuso Santafé—es necesario que el destino se cumpla, pero aun conservaré algún tiempo al tal Microbio en la elevación inmerecida que usted le ha creado, y con esto quedará tan castigado como merece el rey Simplicio.

—¡Oh! no me proponía yo otra cosa—dijo Rosalvina muy satisfecha.—Doy á usted mil gracias y le suplico me reserve su amistad.

—La tiene usted asegurada, noble señora, y ojalá uniendo nuestras fuerzas, podamos realizar empresas grandes y generosas, dignas de nosotros. Ya sabe usted que tengo un café bastante aceptable y será grande mi satisfacción si nos vemos con frecuencia.

El doctor acompañó á Rosalvina hasta la verja del jardín, á lo largo del cual, la obsequió con un concierto maravilloso que subía de todas las flores. Antes de separarse, el doctor rogó á Rosalvina que se volviera en la concha de cristal, pues el faisán cochero y los escarabajos de oro que servían de cabalgadura, la conducirían en poco tiempo y con la mayor comodidad á su residencia. Rosalvina aceptó con gratitud y así terminó la entrevista entre el doctor y el hada.



IX.

En una carta que pocos días después de la indicada visita escribió Eduardo á Baltasar, le participó algunas novedades dignas de ser conocidas. El doctor Topo había sido nombrado por su futuro yerno Ministro de Fomento y Director general del Museo de Ciencias naturales, en que se custodiaban una porción de animaluchos disecados. Por cierto que el día en que el profesor Topo, acompañado de Microbio y una porción de altos funcionarios, fué á tomar posesión de su cargo en el Museo, un sabio inglés que visitaba las instalaciones, tomó al Sr. Microbio por un mono vivo, y se empeñó en ofrecerle nueces mondadas, lo que encoherizó al Ministro de tal modo que le dió un

accidente. Además, el hada no había vuelto á repetir sus visitas al jardín, lo que tenía á Microbio, á pesar de sus repulsos, de un humor de cien mil demonios, pues su pelambreira estaba horriblemente enmarañada, y el Rey no pudo menos de notarlo y de decir á Microbio que iba á enviarle su peluquero. Microbio respondió con mucha insolencia, que si aquel trasto aparecía ante sus ojos le tiraría por la ventana; el Rey abrió desmesuradamente la boca y los ojos, pero guardó silencio. La carta terminaba recomendando á Baltasar que se ocultase bien, pues la policía le buscaba con gran empeño.

Baltasar no pudo menos de fijarse en que su enemigo Microbio había experimentado ya dos fracasos, bien que de poca importancia, y atribuyéndolos á la benéfica acción de su respetable amigo el doctor Santafé, resolvió visitar á éste sin pérdida de tiempo. Para despistar á los polizontes, desfiguró su rostro con una gran barba postiza, salió de noche de la casa en que estaba refugiado, y después de cuatro horas de camino por senderos extraviados, llegó antes de amanecer al palacio del doctor, que estaba en su gabinete de estudio trabajando, pues no dormía nunca.

Al ver á Baltasar le abrazó cariñosamente, le contó su entrevista con el hada Rosalvina, y le hizo saber que Microbio, el protegido de ésta, no

era sino un feísimo enano, hijo de unos aldeanos muy pobres, y á quien la hechicera había favorecido con el don de parecer bellissimo, gallardo é inteligente á todo el mundo, con excepción de algunos espíritus escogidos, que sólo serían engañados á medias.

—El talismán que protege á ese enano—añadió—consiste en una pequeñísima trenza formada por tres pelos de color rojo vivo que tiene en la nuca. Para que nadie pueda ver esos pelos rojos de Microbio, tuvo Rosalvina la precaución de adornar su cabeza con una espesa cabellera que los tapaba, y que ella se tomaba el trabajo de peinar cuidadosamente cada siete días, con un peine de oro mágico cuyo uso bastaba á conjurar toda clase de tentativas perjudiciales á su protegido. He logrado romper ese peine; Microbio ha quedado indefenso contra los ataques que puedan dirigirle sus víctimas, y para acabar de destruir el ascendiente que aún conserva, basta con arrancarle de la cabeza los tres pelos rojos de que he hablado. Nadie mejor que tú puede acometer semejante empresa, pero necesitas para ello valor, destreza y mucha fuerza, pues esos tres pelos no ceden sino con un furioso tirón. Aquí tienes esta lente de vidrio en forma de monóculo, dirige con ella una mirada atenta á la nuca del enano, y cuando veas esa diminuta trenza, arráncala de un solo tirón y

quémala inmediatamente. Entonces, el que te roba el cariño de Rosita aparecerá á la vista de todos bajo su verdadero aspecto.

Baltasar, loco de alegría, expresó con sentidas frases su gratitud al doctor, y besó muchas veces su mano.

—Mucho me complace—dijo Santafé—el verte tan agradecido, y he de añadirte que estoy resuelto á abandonar este país, para contraer matrimonio en el reino de las Mil y una Noches, donde tendré la dicha de verme rejuvenecido, y no teniendo herederos forzosos quiero dejarte mis bienes, para lo cual haré mañana, en Villabonita y ante notario, la oportuna escritura. En cuanto se disipe el sortilegio que hechiza á Rosita, preséntate al topo del doctor ó al doctor del Topo, que lo mismo da, y con ese aplomo que da la posesión de buenas fincas y de buenos talegos de monedas de oro, pídele la mano de su hija, que él te concederá con mucho gusto, y espero que aquí, en este palacio, lo pasaréis Rosita y tú bastante bien.

Inútil sería tratar de describir los extremos de agradecimiento que hizo Baltasar. Despidióle el doctor con afecto, le disfrazó mucho mejor de lo que estaba para que no pudiese ser conocido, le dió una cajita de marfil para guardar la lente, recomendándole la guardase bien, y le encargó que



' A quien encontró en el lecho muy triste.

entrarse desde luego en Villabonita y comenzase sin demora su campaña.

Baltasar penetró en Villabonita al rayar la aurora, y sin que le molestase nadie se dirigió á casa de Rafael, á quien encontró en el lecho muy triste, pálido y desmejorado. Dióse Baltasar á conocer, y preguntó con vivo afán á su amigo qué enfermedad le aquejaba.

—¿Qué ha de ser?—dijo Rafael sollozando.—Soy hombre perdido. El doctor Santafé es un mago infernal que se ha propuesto causar mi ruina.

—¡Hola, hola!—dijo Baltasar sonriendo á pesar suyo;—parece que hemos cambiado uno y otro de manera de pensar. No hace mucho tiempo te burlabas de mí, porque tenía supersticiones que tú calificabas de indignas de hombres serios.

—Ahora creo en todo lo increíble—repuso Rafael;—los gnomos, las brujas, el rey de los ratones, los hombres raíces, todo esto me parece real, porque se me ha escarmentado con mucha dureza. ¿Te acuerdas de aquel maldito frac que me valió tantas bromas? Pues bien; mira.

Baltasar vió las paredes de la habitación tapizadas de una infinidad de trajes de todas formas y colores.

—Figúrate—prosiguió Rafael—que me he en cargado multitud de trajes de todas especies y formas, con la esperanza de ver cesar la mistificación

de que ese condenado doctor me ha hecho víctima. Pues bien; no puedo ponerme ningún traje sin que las mangas no se me acorten hasta los codos, mientras que los faldones se alargan cinco ó seis metros. Los mejores sastres nada pueden hacer contra este hechizo. Se hace burla de mí en todas partes, y el rector de la Universidad, señor Topo, me advirtió ayer que si no me presento con un traje más conveniente y decoroso, seré expulsado de las aulas. ¡Oh, maldito doctor Santafé!

—No blasfemes contra el más digno y el mejor de los hombres;—interrumpió Baltasar. Si ha querido castigarte un poco por tus travesuras y faltas de respeto del otro día, tiene demasiado buen corazón para permitir que te suceda algo verdaderamente desagradable. Me ha dejado heredero de sus bienes, me ha dado el medio de que nos desembaracemos de Microbio, y en esta cajita de marfil hay un talismán que evita la desgracia. Ten, pues, en la mano esta cajita, y no te arrepentirás.

—¿Y qué voy á hacer yo con esto?—dijo Rafael:—¿qué relación puede existir entre una caja de marfil y las mangas ó la faldas de un frac?

—Tómala sin embargo, y veamos lo que contiene.

Rafael abrió la caja, y de ella sacó un traje negro muy pequeñito, que se ensanchó y se des-

arrolló hasta adquirir las exactas proporciones de la estatura del joven. La alegría de los dos amigos fué extremada, y cubrieron de bendiciones el nombre del doctor. Ñañaēi salió á la calle elegantemente vestido, se dirigió á la Universidad, donde el rector le acogió afectuosamente, y cuando estuvo de regreso, Baltasar le refirió el plan trazado por Santafé para aniquilar á Microbio y para reconquistar á la encantadora Rosita. Mientras hablaba Baltasar lleno de alegría, vieron los dos amigos pasar por la calle á Eduardo, que seguía cesante, y le llamaron. Quedó Eduardo muy sorprendido al ver á Baltasar, y le reprochó su atrevimiento; pero cuando estuvo al corriente de todo lo sucedido, no pudo menos de expresar su asombro.

—Todo eso está muy bien—dijo—pero es ya demasiado tarde; porque esta misma noche debe celebrarse el matrimonio del gran duque de Microbio con la hija del rector de la Universidad y Ministro de Fomento, Sr. del Topo. Habrá, con este motivo, en casa del rector un magnífico baile, y el rey Simplicio en persona honrará durante algunos momentos la fiesta.

—Pues bien—dijo Baltasar—no se ha perdido nada, porque hoy mismo terminarán de una vez para siempre los hechizos del condenado Microbio.

Pocas horas después de esta conversación, la

tertulia del doctor Topo estaba en todo su apogeo. Microbio era el objeto de todas las miradas, y estaba en pie en medio del salón recibiendo con altivez los homenajes de sus aduladores. Llevaba uniforme rojo, bordado de oro, tenía la espada al costado, un sombrero de tres picos con plumas bajo el brazo, y se balanceaba con una impertinencia que admiraba á todo el mundo; en su cuello brillaban el gran dogal del Serpentón y la Paloma, y el gran collar del Tigre Verde, y llevaba en el pecho, entre otras cruces, las de Puerta Cerrada, el Águila triste, el Congreso de Oriente y el Mérito desconocido. Cerca de él Rosita, en todo el esplendor de su belleza, y vestida con traje de desposada, le miraba con involuntario éxtasis. Todas las miradas estaban fijas en los novios, y nadie se fijaba en el rey Simplicio, que acababa de llegar, y que no dejó de sentirse algo herido por la preterición de que era objeto.

En el momento en que los dos novios iban á hacer el cambio de los anillos matrimoniales, presentados por el doctor del Topo en una hermosa bandeja de oro, se observó una agitación rápida entre todos los invitados. La puerta del salón se abrió con ruido, y Baltasar, acompañado de Eduardo y Rafael, avanzó con paso firme, con los puños apretados y la mirada amenazadora. Los concurrentes les abrieron paso sin darse cuenta de

lo que hacían, y el rey Simplicio, creyendo que se trataba de alguna conspiración, retrocedió asustado á la habitación inmediata, buscando alguien á quien dar órdenes para tratar de oponerse al movimiento. Baltasar que, protegido por la misteriosa cajita de marfil, había llegado á colocarse junto á Microbio, sin que éste lo observase y sin que nadie se atreviera á detenerle, examinó con su lente mágica la cabeza del enano, vió la pequeña trenza formada por los tres cabellos rojos, y le asió de ella violentamente. Microbio lanzó un rugido espantoso, y empezó á debatirse como un energúmeno; pero Rafael y Eduardo le sujetaron con fuerza, mientras Baltasar, apoyando su mano izquierda en aquella cabezota, le dió con la derecha tan tremendo tirón, que aquellos tres pelos quedaron en su poder. Entonces los arrojó á la chimenea, y en aquel instante se oyó una detonación espantosa, que pareció estremecer la casa hasta en sus cimientos, y todos los asistentes á la fiesta se frotaron los ojos y se miraron unos á otros, como si acabaran de salir de una larga y angustiosa pesadilla.

El Ministro y gran duque Microbio, temblando de cólera, juraba y blasfemaba con toda la fuerza de sus pequeños pulmones, y con una voz chillona y horrible, que oían ya tal y conforme era todos los contertulios. Ordenó que se arrestase inmedia-

tamente á los infames que se habían atrevido á poner las manos sobre él, y á retardar su matrimonio; pero como el encanto había cesado, todo el mundo se preguntó qué significaba aquel ridículo monigote vestido de gran ministro. Le rodearon y le hicieron pasar de mano en mano como una pelota de goma, en medio de estruendosas carcajadas, con lo que perdió su sombrero, su espada y sus escarpines; también le fueron arrancados el gran collar del Tigre Verde y muchas condecoraciones; en suma, aquello fué un verdadero desastre. En vano gritaba el infeliz renacuajo: «¡Venga corriendo V. M., que se atropella á vuestro Gran Duque!» pues el Monarca, aturdido, no pensaba sino en ganar la puerta y escaparse. Habiendo encontrado á su paso al dueño de la casa, le echó las manos al cuello y se le apretó desesperadamente, diciéndole:— ¡Miserable! ¿cómo te has atrevido á hacer á tu rey y señor testigo de tan repugnante espectáculo? Me invitas á asistir al matrimonio de tu hija con mi Ministro, y en vez de éste me encuentro aquí al más despreciable de los monos. ¡Merecías que te enjuiciase por delito de alta traición, ó que te hiciese encerrar por el resto de tus días en una casa de locos!

Dicho esto, salió de la casa dando un gran portazo. El profesor, furioso por haber caído en desgracia del Rey, volvió á la sala, tomó entre sus



Ganar la puerta y la escalera....

manos á Microbio y lo iba á estrellar contra el suelo cuando el conservador del Museo, dirigiéndose á él, le gritó:

—Señor director, ¿qué va usted á hacer? No destruya usted tan precioso ejemplar, que es propiedad de la nación; tiene usted entre sus manos al *simia Belcebú Linnei*, que debe haberse escapado de la gran jaula de los monos vivos.

Un estallido de risa acogió esta reclamación; mas apenas el doctor Topo hubo dejado en el suelo á Microbio, cuando retrocedió con horror y se sacudió las manos, diciendo:

—¡Qué asco! ¡Eso no es un mono, sino un monstruo digno de ser conservado en espíritu de vino!

Mientras que se desarrollaba en el salón este drama burlesco, Baltasar socorría á Rosa, que había caído desmayada. Cuando volvió en sí, le refirió que por una fascinación extraña había estado muchos días creyendo que Microbio era Baltasar, pues se le aparecía con sus mismas facciones.

Comenzaron de nuevo las carcajadas, y costó mucho trabajo al mísero Lentejilla ganar la puerta y la escalera: dicho se está que nadie le reconoció.

Prodigábanse ambos jóvenes palabras de amor, cuando entró en la sala D. Cándido del Topo, verdaderamente desesperado.

—¡Qué inmensa desgracia!—decía.—El escándalo de esta noche da en tierra con todas mis ilusiones y proyectos. ¿Qué dirá el ilustre señor ministro Microbio cuando sepa que le he confundido con el más horrible de los monos que han paseado por todas las ferias de Tierra Alegre?

Todos los asistentes á la reunión trataron de persuadir al doctor Topo que no existía semejante ministro Microbio, pues todo había sido una hechicería de una hada burlona. El profesor cayó aturdido sobre una butaca, y entonces Rosa y Baltasar, creyendo llegado el momento propicio, se arrodillaron á sus plantas, hablándole de su amor y pidiéndole consentimiento para casarse.

—Bien, bien, hijos míos—les dijo el buen hombre, á quien tantas emociones habían desconcertado por completo;—amaos todo cuanto queráis, casáos cuanto antes y moríos de hambre si eso os divierte, porque yo no pienso daros ni una peseta. ¿Queréis mi bendición? Pues tomadla y volvedla á tomar; pero permitidme que me levante y me vaya á la cama, porque ya no sé dónde tengo la cabeza.

—En cuanto á morir de hambre—respondió Baltasar sonriendo,—no hay cuidado, pues el bondadoso doctor Santafé me ha dejado bienes en cantidad más que suficiente para que no haya que temer ese peligro.

—Siempre dije yo que eras un joven muy apreciable y el primero de mis discípulos; puedes, por lo tanto, considerarte como novio oficial de mi hija. Ya lo saben ustedes, caballeros—añadió, dirigiéndose á la concurrencia;—ahora sólo me resta decir á ustedes que su compañía me honra de un modo extraordinario; pero que, si tuviesen ustedes la bondad de retirarse y dejarme en paz, me consideraría muy dichoso.

No hay que decir que tan galante indicación surtió el efecto apetecido, y que pocos momentos después sólo quedaban en la casa el profesor y su hija. Esta, trastornada de felicidad al ver disipado el hechizo que amenazaba unirla á un monstruo espantable, no pegó los ojos en toda la noche; pero los disgustos y emociones violentas del día debieron producir un efecto diametralmente opuesto en su respetable padre, pues bien pronto sus sonoros ronquidos estremecieron la casa, aunque pasó la noche soñando cosas desagradables, tales como que ya no era Ministro, ni director del Museo, ni rector de la Universidad, ni doctor, quedándose Topo á secas.



X.

Mientras tanto el desdichado Microbio había logrado penetrar en su palacio sin que nadie parase mientes en su personilla, y se acostó lisonjeándose con la idea de que aquella racha de desgracia se disiparía á la mañana siguiente. Sin embargo, su egoísmo y sequedad de corazón eran tales, que ni por un solo momento se le ocurrió preguntarse si sus malos tratamientos á Rosalvina habrían causado su mala suerte.

Al levantarse ya bien entrada la mañana, se asomó al balcón, y la gente que paseaba por la Plaza Real se regocijó mucho al ver á un mono con uniforme, y empezó á dar gritos y á tirarle patatas. Fué mayor el júbilo de la muchedumbre

cuando Microbio, con su aguda y desagradable vocecilla, empezó á dirigir amenazas, diciendo que fusilaría á todo el mundo.

—¡Un mono que habla! ¡Esto no se había visto nunca!—gritaban por todas partes.

La curiosidad degeneró en tumulto, y el pueblo invadió el palacio atropelladamente.

Cuando las gentes, arrollando á la servidumbre, llegaron á la habitación que ocupaba Microbio, fué grande el asombro de todos al ver que una pobre vieja que venía entre los grupos se arrojaba sobre él, cubriéndole de besos y abrazos, y exclamando:

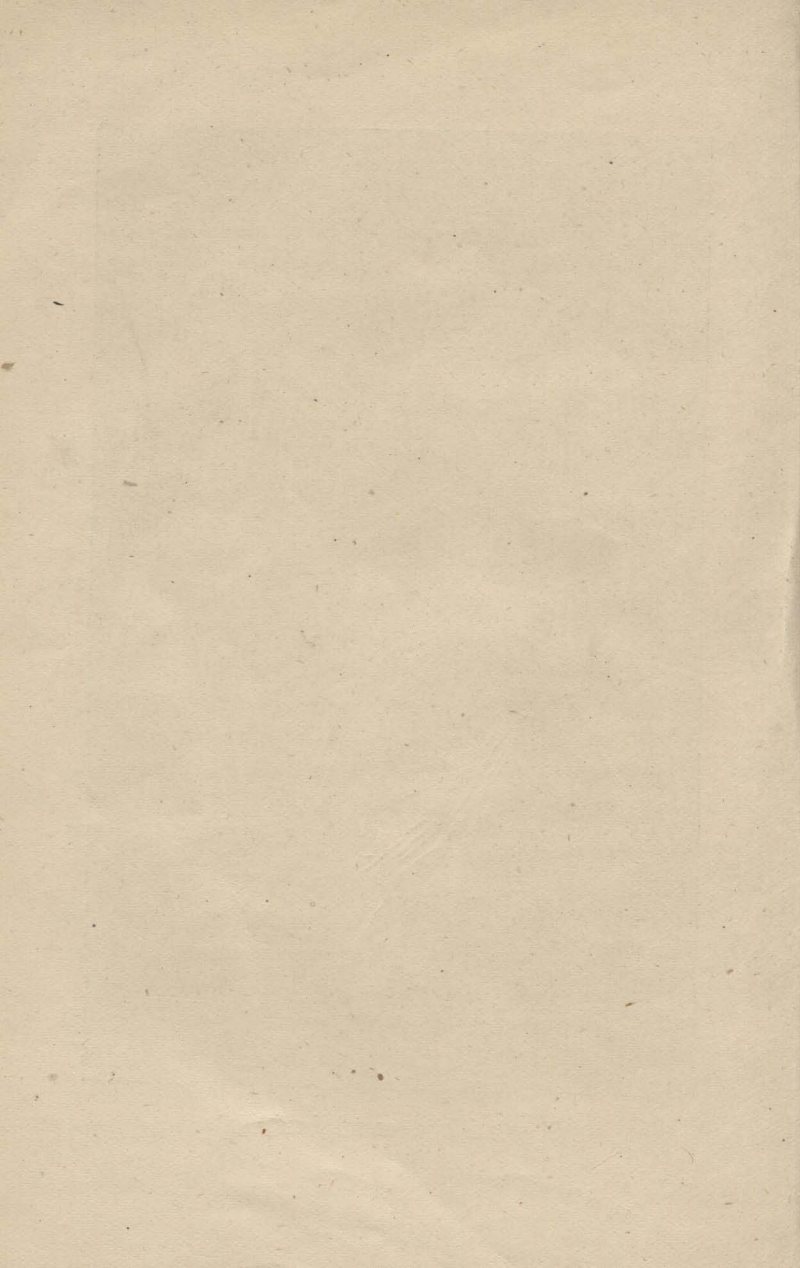
—¡Si es mi hijo, es mi Lentejilla! ¡Gracias á Dios que vuelvo á verle, tan majo y tan peripuesto!

La pobre mujer lloraba de alegría. Quizá era ella sola la que no encontraba horrible al infeliz primer Ministro, porque las madres, aunque vean con los ojos, ven más con el corazón.

Este espectáculo bastó para apaciguar el tumulto; las gentes que habían invadido el palacio se retiraron en breve, y sólo quedaron la madre y el hijo. Este, quizá por primera vez en su vida, sintió un impulso bueno; abrazó á su madre, prodigándola con su desagradable vocecilla palabras cariñosas; dos lágrimas cayeron por sus mejillas, y vencido por aquella serie de disgustos y por la



¡Si es mi hijo, es mi Lentejilla!



emoción, nueva en él, que experimentaba, palideció y cayó desvanecido en los brazos de la pobre anciana.

Rosalvina entró en este momento en la habitación, y, acercándose á Lentejilla, le hizo recobrar el conocimiento haciéndole aspirar un pomo de sales.

—¡Pobre Microbio!—le dijo.—¡No he podido evitarte esa horrible desventura!

—Gracias, madrina; muchísimas gracias, madre—exclamó lentamente Lentejilla.—Lejos de haberme perjudicado este suceso, doy sinceras gracias á Dios por él, pues me ha abierto los ojos á la luz verdadera. El orgullo me había cegado, tomando como méritos míos los que lo eran de los demás; la soberbia de verme encumbrado tan aprisa me tenía cerrado el corazón á todo sentimiento noble; pero ahora comprendo que sólo me querían por mí mismo mis padres de mi alma y vos madrina, que por compasión os interesabais en mi porvenir.

La madre de Lentejilla y Rosalvina lloraban de emoción.

—No lloréis, os lo ruego — dijo Lentejilla;—alegraos, al contrario, de mi regeneración. Soy joven, tengo deseos de saber; ¡quién sabe si con el tiempo podré merecer la estimación de mis semejantes!

En esto llegó el rey Simplicio ciego de furor, preguntando:

—¿Dónde está ese mono? ¡Que me traigan á ese bicharraco!

—¡Señor! — exclamó Lentejilla adelantándose hacia el rey con un aspecto digno. — Es verdad que no soy el que os parecía, aunque sí el mismo que fué vuestro canciller. Pero reconozco mi falta de condiciones, y os devuelvo el cargo con que me honrasteis, y además todas las cruces y condecoraciones con que me favorecisteis. Téngalos otro más digno; no estoy dispuesto á servir más que á un dueño que no se fija sino en el alma; pediré que me admitan en un convento, y allí trataré de conquistar, con la ayuda divina y mi esfuerzo, un lugar en el cielo, donde reyes y mendigos, feos y hermosos, somos igualmente grandes y bellos. Adiós, señor, y mil gracias por vuestras bondades.

Simplicio se retiró confuso y hasta un poco conmovido por la noble actitud del ex Gran Duque.

Á poco llegó el doctor Santafé, que al oír á Lentejilla quedó asombrado, y le dijo á Rosalvina:

—No sabemos nada; todos los días aprendemos un poco de lo que Dios nos quiere dejar ver. ¿Quién podría adivinar que la desgracia había de ser la salvación de Microbio?

Cuchichearon un momento Santafé y Rosalvina, y después se acercaron al infeliz Lentejilla diciéndole:

—Aún podemos hacer algo por ti. Serás rico y tendrás bella apariencia mientras vivas.

—Gracias, bondadosos señores; haced por mi madre lo que podáis, y yo os lo agradeceré en el alma. En cuanto á mí, no quiero nada de falsas apariencias y acepto gustoso mi destino. Tal vez mi figura es una prueba de lo alto para que conquiste el cielo. Ruego á ustedes que en mi nombre pidan perdón á cuantos puedan creerse perjudicados ó molestos por mi culpa.

Rosalvina y Santafé abrazaron con efusión á Lentejilla y colmaron de dones á su madre. Lentejilla entró muy pronto como novicio en un convento, donde su vida ejemplar fué por todos admirada, y su arrepentimiento produjo en Tierra Alegre una extremada simpatía hacia el que fué odiado ministro.

Felipe siguió engordando tanto, que un día el vientre le hizo ¡paf!, y reventó.

Baltasar y Rosita se casaron; el rey fué padrino de la boda, y como regalo quiso hacer primer ministro á Baltasar; pero éste, que era enemigo de las pompas y vanidades de la tierra, le contestó:

—Ahí tiene V. M. á mi suegro, que está rabiando por ser presidente del Consejo.

Simplicio pensó que, en efecto, D. Cándido del Topo podía serlo todo desde que pudo ser bachiller en artes, y le confió la formación de un Ministerio, seguro de que no lo podría hacer peor que los demás, por muy mal que lo hiciera.

El pobre hombre, loco de alegría, obtuvo todas las cruces y condecoraciones del reino, y todos los días llevaba el pecho cubierto de cintas.

El doctor Santafé se casó con la bella Rosalvina, y marchó con ella al país de los hermosos sueños, donde es de suponer que serían muy felices.

En cuanto á Baltasar y Rosita, vivieron muchos años y muy contentos. No hay para qué decir que de vez en cuando tuvieron sus disgustillos y que alguno que otro día riñeron algo por variar, como todos los matrimonios de Tierra Alegre; pero, en resumen, y esto es lo que importa, lo pasaron bastante bien.

FIN





BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

Obras instructivas y de recreo para niñas y niños, ilustradas con multitud de láminas, impresas en papel de lujo y encuadernadas en pasta con cromos alegóricos litografiados en las tapas y en los lomos; y en tela con planchas de relieve en oro y negro. Tomos de 160 páginas en 4.º (192 × 125 m/m).

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. La civilización y los grandes inventos.
2. Las tres plumas.
3. El mar y sus misterios.
4. Historia de las sociedades humanas
5. La cabrita de oro.
6. El cantarito de lágrimas.
7. El viejo hechicero.
8. Dios en todas partes.
9. La gallinita y el pollito.
10. La comadre muerte.

11. El flautista valiente.
12. La joven y hermosa novia.
13. María Pez y María Oro.
14. El caballo artificial.
15. Aventuras de un náufrago.
16. Las maravillas del cielo.
17. El mundo de lo pequeño.
18. La Física al alcance de los niños.
19. Nobleza de un artesano.
20. Viajes en globo.
21. Aventuras del feísimo Lentejilla.
22. El foco eléctrico.
23. Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.
24. El encanto de los niños (Física recreativa).
25. El buen Fridolin y el pícaro Thierry.
26. El canastillo de flores.
27. Rosa de Tanemburgo.
28. Genoveva de Brabante.
29. Historia del Emperador Carlomagno.
30. Fernando.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Obras instructivas, ilustradas con preciosas láminas originales y nuevas, impresas en magnífico papel y encuadernadas en pasta sólida y elegante con cromos alegóricos en las tapas; y en tela con estampaciones de oro y negro en relieve. Tomos de 160 páginas en 4.º mayor (230 × 150 m/m).

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. Los tres reinos de la Naturaleza.
2. Lluvia de cuentos.
3. Historia de las Bellas Artes.
4. Sucesos extraordinarios.
5. Premio de aplicación.
6. Almacén de cuentos para niños.
7. Tesoro de los niños.
8. Geografía histórica.

9. Viaje alrededor del mundo.
10. Nöciones de Geografía astronómica.
11. Mitología griega y romana.
12. La alegría de los niños.
13. Viajes extraordinarios.
14. Historia de Roma.
15. Historia de Grecia.
16. Geografía física.
17. De artesano a emperador.
18. Guía de la juventud.
19. España y su historia.
20. El recreo de mis hijos.
21. Cuentos azules.
22. Diccionario infantil de la lengua castellana.
23. Cuentos infantiles.
24. Literatura castellana (Resumen histórico-crítico).
25. Pelusa.
26. Aventuras de Pinocho.



